



Q

Revista Virtual
QUIMERA

NÚMERO 4 VOL. 2 | DICIEMBRE 2022

Espacios Íntimos
REVISTAVIRTUALQUIMERA.COM

Dirección y edición:
Victoria Marín Fallas

Diagramación y diseño de portada:
Vincent Rodríguez Trejos

Edición y redacción:
Félix Alejandro Cristiá
Leopoldo Orozco

Edición:
Masiel Corona Santos

Todos los textos en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación sin el consentimiento expreso de los mismos. Revista Virtual Quimera no se responsabiliza de las opiniones o comentarios de los autores y autoras en sus obras.

Copyright © 2022

Todos los derechos reservados.

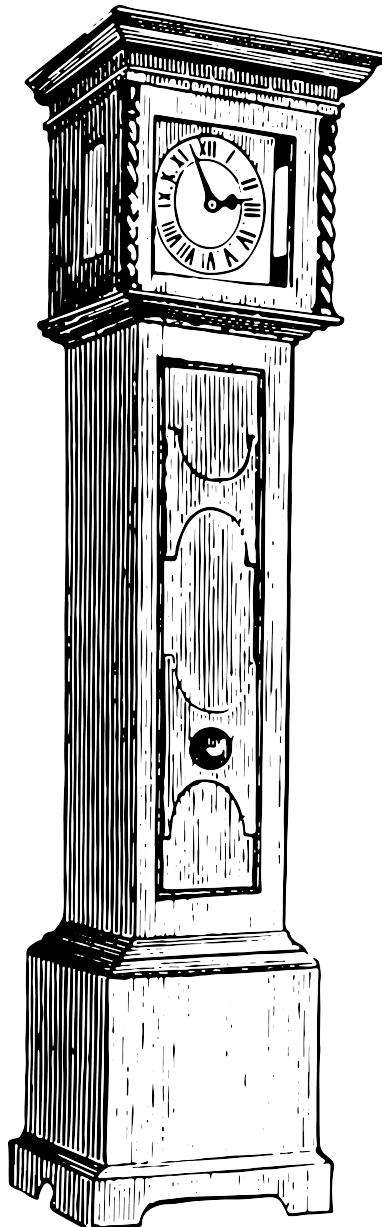
ISSN: 9772215616000-08

Imagen de portada: Odilon Redon, Bouquet of Flowers in a Blue Vase.

Contenido



Presentación	1
Relato.....	4
Muñequitas	5
<i>Alma Mancilla</i>	
Sobre el Kay Nicté	12
<i>Carmen Macedo Odilón</i>	
Makeda.....	16
<i>Laura Dueñas</i>	
Oztoteótl	20
<i>José Ricardo Chaves</i>	
La cama de Lugones.....	32
<i>José Ricardo Chaves</i>	
Poesía	41
Poesía Kurda, 5 poemas	42
<i>Jalal Malaksha, traducido por Jiyar</i>	
<i>Homer e Isabel López</i>	
Palabra	49
<i>Ana Guacimara Hernández</i>	
La cuestión homérica	52
<i>Édgar Trevizo</i>	
Sol de polen	56
<i>Katherine Navarro González</i>	



Kuskatan	59
<i>Roberto Aguilar</i>	
Marabunta	61
<i>Zuani Cristóbal Petronilo (Mayahuel Xuany)</i>	
Hmu'ye 'ne ya tutubixi y Zi Zänä	65
<i>Rosa Maqueda</i>	
Desde la costilla.....	69
<i>Olga Levadnaya</i>	
La casa y otros poemas.....	74
<i>Lara Solórzano</i>	
Ensayo.....	78
Bolsas que guardan bolsas.....	79
<i>Laura Sofía Rivero</i>	
Reseña	85
Contra el mundanal ruido	86
<i>Leopoldo Orozco</i>	
Y al final el silencio	89
<i>Félix Alejandro Cristiá</i>	
Unos pocos pasos por Una historia de la lectura.....	93
<i>Luis Paniagua</i>	

Ilustración y fotografía... 101

Los míticos sueños de los objetos I y II y
Cosmodrama..... 102
Clemente Gaitán

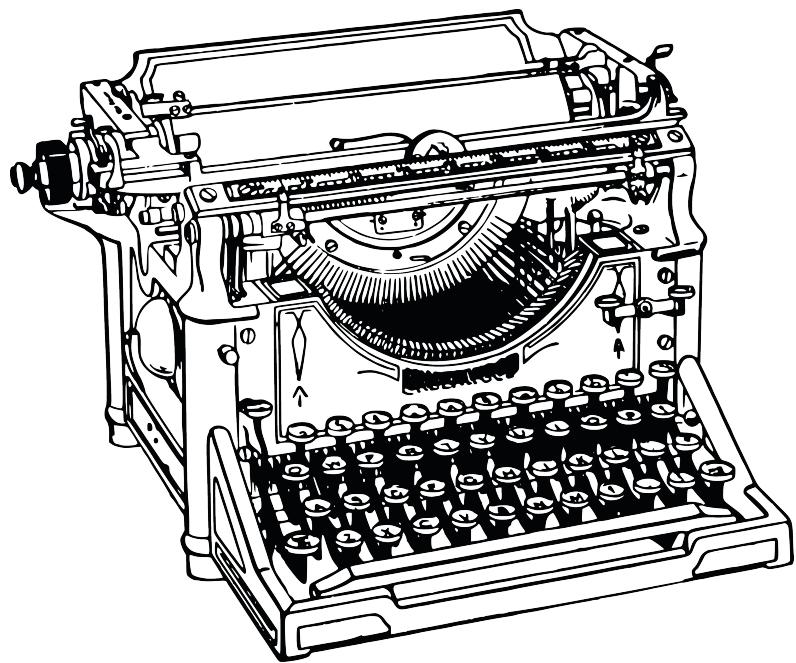
Morfofilia..... 106
Gilberto Bustos Avendaño

Espacios íntimos a través del lente.108
Abraham Quiñonez Acosta





Presentación



*Milagro cotidiano:
el hecho de que hay muchos milagros
cotidianos.*

Wislawa Szymborska

El tema que nos convoca, en este nuevo número, es la intimidad. Ningún espacio más íntimo, de entrada, que el delimitado por las páginas y el lector que las experimenta. En ese sentido, los convocados sentimos que llevamos las de ganar: ¿quién mejor para hablar del tema que nosotros, los que buscamos el silencio y la quietud, el encierro y la luz tenue, para ejercer esa parte tan vital de nuestra experiencia que es la literatura (aunque hay quien diga equivocadamente que leer no es lo mismo que vivir)?

La lectura, en nuestros días, es muchas veces un acto de búsqueda personal, de cercanía con nosotros mismos. ¿Cómo compartirla, entonces? ¿Cómo hacer que otro, que por definición no comparte su soledad con nadie, entienda mi soledad, comprenda mis murmuraciones más recónditas? ¿Qué palabras utilizo para hacerle entender las sutiles relaciones que se forman entre el lugar que habito y lo que yo soy? Ahí nuestra paradoja: aunque leamos en soledad, la lectura es una forma de compañía muy profunda, que nos permite darle entrada a voces distintas a la nuestra

en nuestros espacios más íntimos.

Algunos, como Edgar Trevizo, Lara Solórzano y Olga Levadnaya, han preferido dejar entrar en sus respectivas soledades las voces de los antiguos aedos: sus lecturas de Homero y de los clásicos son experiencias táctiles, vivenciales. Por su parte, Laura Dueñas replica ciertas resonancias bíblicas para mostrarnos cómo la historia y su erotismo nos seduce, incluso estando atados a nuestro presente. Del otro lado de la línea del tiempo, Luis Paniagua y Félix Cristiá nos dejan asomarnos, con perspicacia y buen tino, a sus propias experiencias lectoras de obras contemporáneas en las que encuentran nuevas formas de asir el mundo, con todo y sus dolores y sus goces.

Para Katherine Navarro y Roberto Aguilar, esa paradoja que nos ocupa está alojada también en la generosidad de lo diminuto, en lo que encontramos al ponernos en contacto con los pequeños destellos naturales que la realidad nos ofrece para hallar lo trascendente y, en ocasiones, lo divino. Pero aunque podamos hallar dicha en lo común, también podemos encontrar en lo habitual un espejo, en palabras de Cristina Peri Rossi, de nuestros desastres más íntimos, como lo hicieron Ana Guacimara Hernández Martín y Alma Mancilla; como si los objetos y los lugares fueran espectadores silenciosos y terribles de nuestros dolores, o como si el inminente despojo de lo que nos es cotidiano nos

llevara a perdernos, como observa Mayahuel Xuany, a nosotros mismos.

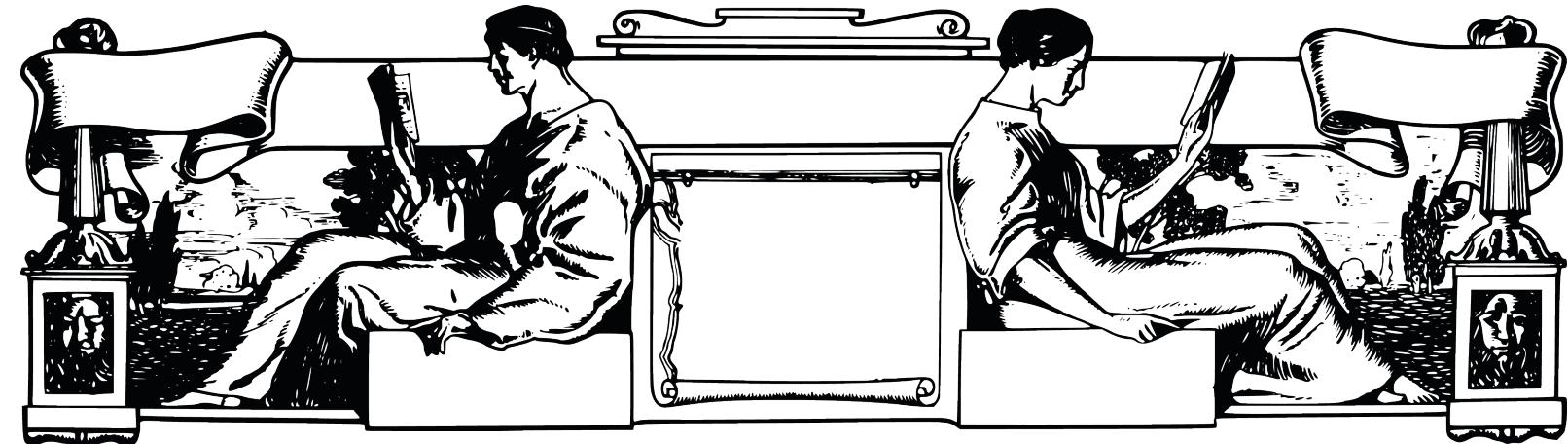
A pesar de todo, la experiencia literaria, tanto de lectura como de creación, es también una oportunidad de dejar testimonio de nuestro paso por la tierra. Carmen Macedo Odilón y Rosa Maqueda Vicente, con sus respectivos textos, toman el uso de la palabra como forma de la tradición y del aprendizaje: la escritura, como espacio íntimo, es también un espacio de resistencia. Jalal Malaksha, desde otras latitudes y por primera vez en nuestra lengua, nos muestra esa misma lucha: las palabras encerradas en nuestro almacén interno no dan cuenta del amor, del sufrimiento de nuestros semejantes, de las injusticias, de la luminosidad que hay en el camino hacia cada una de nuestras revelaciones. Compartamos, pues, estos itinerarios de soledades y de compañías.

Leopoldo Orozco

Ensenada, Baja California

Diciembre de 2022

Relato



Muñequitas

Alma Mancilla

Cada que llega el fin de año me pongo nerviosa, es natural: es la época de las fiestas, de las felicitaciones obligadas, del balance de todas las cosas. También es cuando, de varios años para acá, hago lo que se llama una limpieza general. Tiro las cosas que ya no sirven, escombro los roperos, apuntalo el espacio para lo que vendrá.

—Anda, saca todo esto, pura basura tienes aquí —me oigo gritar

Mi hija me mira con fastidio. Sabe que le toca hacer su parte en la depuración de invierno pero los ánimos le faltan para ayudar. Además, está demasiado ocupada siendo adolescente como para interesarse en limpiar o en hacer de su habitación un mejor ambiente, un sitio en el que bien que mal se pueda vivir. Mi insistencia,

no obstante, siempre rinde frutos y, tras hacerle ver que a su dejadez seguirá una represalia, la oigo que se levanta, que alza cosas, que remueve las entrañas de cajones, los montículos que pueblan sus repisas, el interior del atestado y viejo clóset hasta que al fin, hacia el final de la tarde, viene a mí cargando una funda de almohada que hace las veces de bolsa y que noto llena casi a reventar.

—Listo —me dice mientras me la entrega en brazos como a un niño con problemas de obesidad.

Yo miro dentro, con curiosidad pero sin entusiasmo: hay allí un par de playeras viejas, algunos cómics deshojados y, lo más interesante, dos docenas de muñequitas de plástico que me contemplan desde el fondo en penumbras de la tela, arrelijadas

en improbables enredos dentro de su improvisada prisión. Cada una de ellas porta un trajecito a la medida, un vestidito, unos calzones, aunque, ya que me doy cuenta, al menos un par de ellas está en cueros y muestran sus cuerpos tal cual son y sin ningún pudor. Qué maravilla ser una muñeca, pienso de pronto, vivir allí, al fondo de la nada sin tener que dar cuentas de lo que se es. Mientras miro el amasijo de brazos y piernas que se rozan a placer trato de evocar la ocasión en que las compramos, pero por más que me esfuerzo no consigo dilucidar dónde o cuándo. ¿Sería en un bazar de chinos? ¿En el Wal Mart, tal vez? Al final me encojo de hombros. Al cabo de los años una, madre que es, termina olvidando los detalles de los sucesos, el entorno en que ocurrieron, y es mentira que cada uno de los episodios que conciernen a los hijos se nos queden grabados en la mente con igual e imborrable nitidez. Están aquellos, por supuesto, los cumpleaños, las graduaciones, ocasiones especiales que permanecen indelebles por efecto de la emoción y de las fotos, pero de otras, de muchas, si acaso nos quedará una estampa borrosa, una palabra, una sensación cálida que tiene que ver, eso sí, con las complejas alquimias del amor filial. Tal vez será el recuerdo, la evocación medio fallida de cosas pasadas, el caso es que de pronto las muñequitas más bien me dan lástima, al punto de que me siento incapaz de tirarlas

a la basura así como así. En una de esas felices coincidencias de tiempos y formas creo recordar que hace unos días vi en algún sitio un volante de alguien que compraba cachivaches, pero por más que busco no lo puedo encontrar.

Al final, opto por lo más práctico: tiro las playeras y los cómics, y hago un par de letreros que pego en la mampara de la escuela y en algunos postes del barrio, aunque claro, decir anuncios es exagerar: se trata en realidad de sendas hojas de papel reciclado sobre cuyo reverso he escrito, encima de mi número de teléfono y en letras grandes: Se vende lote de muñecas, precio a tratar. Y es que de pronto se me ha ocurrido que así, en conjunto, y aunque no parezcan objetos preciosos, hay en estas muñequitas un no sé qué que me rehúso a desechar sin miramientos. Y algo han de valer de todas formas. “Siempre hay comprador para todo si éste se busca con cuidado,” solía decir mi madre, allá en mejores tiempos, cuando todavía la memoria no le fallaba, antes de que mi padre la dejara y ella se volviera la sombra solitaria en la que al final se convirtió. Mi madre también decía que uno pone y Dios dispone, y pese a los anuncios los días pasan sin respuesta, calurosos para la temporada, casi primaverales, días en los que, sin embargo, añoro ya los días de asueto, el verano, las tardes en las que es posible sentarse en el pequeño patio a la sombra,

o dentro de la casa frente al ventilador. Mi hija no para de protestar por la permanencia de las muñecas en un rincón de su cuarto, pues le ocupan, dice, un espacio que no tiene. También afirma que dentro de la bolsa se oyen ruidos, voces que no la dejan dormir:

—¿Y cuánto crees que obtendrás por ellas? —me pregunta, exasperada. ¿A poco tú crees que la gente quiere así como así los desechos de los otros?

—¿Qué puedes saber tú? —le digo.

Y es cierto. Finalmente, aunque barato, a ella todo se le compra nuevo, poco importa que haga tiempo que su padre dejara de mandar ese cheque cada mes. Al final, no es sino hasta dos semanas más tarde que me contacta una mujer. Su voz suena rara en el teléfono, distante, opaca, pero parece tener en las muñequitas un genuino interés. ¿Son rubias o morenas?, me pregunta. ¿Vienen en número par o non? ¿Todas tienen boca y ojos? Sus preguntas me extrañan, pero cosas más excéntricas se ven y oyen por ahí. Llega por ellas un viernes en la tarde. Es alta, pelirroja, envarada, viene ataviada con un abrigo de esos de armiño o de visón, una prenda estorbosa que hace pensar que más que en la provincia mexicana estamos en Rusia o en Dinamarca. Cuando se lo quita me doy cuenta de que debajo de éste se esconde un diminuto armazón óseo, casi insignificante, puro hueso trepado en unos tacones y sobre

cuya superficie parece que han untado al descuido una capa de pellejo gris. Algo en la mujer, en definitiva, me disgusta: me trae a la cabeza la figura de una muerta, de una bruja, de una aparición. Insiste en ver la “mercancía” antes de llevársela, lo que ya es el colmo tratándose de lo que se trata aquí.

—Oh, sí, lindas, lindas —dice cuando accedo a sacarlas. Apuesto a que deben haberlas querido mucho, ¿no es así?

Tiene acento extranjero, y las uñas sucias y demasiado largas, afiladas en la punta. Al mirarla pasar sus manos por encima de aquellos cuerpos inertes no puedo evitar sentir un dejo de náuseas. Quiero que se marche ya, con muñequitas o sin ellas. Luego me acuerdo de que el fin de mes se acerca, y que un poco de dinero extra nunca nos viene mal.

—¿Entonces? —digo, impaciente

Ella me mira con unos ojos azules que ocultan quizá una vida de desdichas y también, o así me lo parece, la capacidad de ir más allá de los mundos por los que circula la gente normal. Pienso en puertas entreabiertas, en extrañas avenidas, en gente que se reúne a oscuras en cuartos cerrados a invocar presencias de algún entorno fantasmal.

—Mire, nos están viendo —
agrega— saben lo que valen.

Me asomo, por no dejar. La cara inerte de una de las muñecas, una morena con leotardo, acaba de moverse, o eso he

creído ver. Me echo hacia atrás deprisa, como quien repara de pronto en un insecto ponzoñoso a punto de picar. Me siento aliviada cuando, tras entregarme un par de billetes por la compra, la mujer al fin se marcha con ellas.

Esa misma noche empiezan las pesadillas. Son muchas, abigarradas, llegando a mí como lluvia u hormigas en tropel. En ellas, a veces está oscuro, a veces es de día, unas veces es la calle y otras son parajes desolados, pero en todas aparezco yo. Veo complejos industriales, sitios que no conozco, cuerpos, caras lívidas, miembros rotos o torcidos, ropa en bultos o montones de ceniza. En ocasiones, veo a mi hija, que no para de llorar. Al principio pienso que podría ser cualquier cosa: cansancio, un desarreglo de hormonas, el inicio de una enfermedad. Sé que es obra de las muñecas cuando empiezo a verlas en las pesadillas: ahí están, claras, nítidas, diciendo algo que no consigo entender. A los pocos días las oigo reírse en el entorno de la casa, caminar sobre la techumbre, susurrarme al oído, cuando estoy dormida, que las he abandonado, que no las he sabido ni querido cuidar. Una tarde mi hija afirma que algo la persigue, y que ese algo es pequeño y es aterrador. En la calle, por si fuera poco, ha sentido que la espían, que la siguen, que la llaman por su nombre, que algo de allá afuera está a punto de penetrar. Una tarde me encuentro unos cabellos

en la sopa: largos, rubios, de evidente composición artificial. Oigo pasitos en la azotea. Siento mientras duermo alfileres en la cara y en el pecho una opresión que no me deja respirar.

Pasadas unas semanas y sin que nada mejore no queda sino rendirse a la evidencia. Y estoy tan afectada por la falta de sueño y por la ansiedad rampante que alguna decisión hay que tomar. Como soy tan dejada, sobre todo si ando ansiosa, no he borrado la lista de los números desde los que me han llamado en este mes, así que no tardo en dar con el que estoy buscando. Dos timbrazos bastan para que conteste la mujer:

—Las necesito de vuelta —digo, sin más preámbulo.

Sé que no hace falta explicar nada, que del otro lado de la línea ella va a entender.

—Vaya, vaya —me responde. Por supuesto, podemos arreglarlo, ya lo creo que sí.

El monto que la mujer me pide me parece exorbitante, casi el triple de lo que pagó por ellas, pero no me atrevo a discutir. ¿Quién podría cuando de recuperar la tranquilidad se trata? Porque para entonces he entendido que más que las muñecas lo que la mujer me devuelve es otra cosa, algo intangible, acaso un poder oculto cuyos contornos yo misma no alcanzo a precisar.

Las recojo en una casa que da miedo, en la parte sur de la ciudad. La mujer me las entrega en una bolsa de yute que pesa anormalmente, como si contuviera agua o piedras, pero no quiero saber por qué. Sé que es inevitable; que me llevo algo que sólo de lejos se parece a lo que yo le di; o tal vez sea lo contrario, tal vez eso estaba allí desde antes y la mujer sólo fue el catalizador, alguien que vio algo que yo no. Ella me sonríe con dientes amarillos, manchados de tabaco o de sólo dios sabrá qué:

—Hay cosas que se van, otras que se quedan. Algunas se recuperan y otras no. En el fondo todo está conectado.

No sé de qué está hablando, ni tampoco me interesa. Vuelvo a casa sintiendo que cargo el mundo a cuestas y, al mismo tiempo, que me he salvado de un destino atroz. Que he heredado algo malvado e implacable. Que sólo es cuestión de tiempo antes de que salga a flote la maldad. Mi hija espera en el sillón, enfrascada en su teléfono, mirando alguna tontería que la hace sonreír. Cuando nota mi presencia se gira hacia mí y algo en lo que veo me da miedo, pero si me esfuerzo casi puedo convencerme de que todo

ha terminado, de que nada más nos va a ocurrir. Ojalá así fuera todo el tiempo: que a lo que nos amenaza se le pudiera guardar lejos, donde no pueda dañarnos, donde se le pueda controlar. Las pesadillas, claro, han desaparecido, al menos en eso siento que algo he podido ganar.

Con las muñecas, termino haciendo justo eso: las arrojo dentro de una caja al único cuarto para el que tengo llave, una pieza que, por lo tanto, puedo cerrar. A mi hija le he advertido que no abra la puerta, aunque sé que también eso es en vano: ellas



Odilon Redon, Head of a sleeping woman

salen y circulan por la casa, de noche y a veces en pleno día también. Han aprendido a moverse a su guisa, a encontrar las grietas, la salida, el foco de su expansión. No sé qué quieren, qué representan, hasta dónde podrán llegar. Pero son más y las asumo: allí siguen, corriendo, trepando, acaso reproduciéndose como en una infestación. A veces las oigo que se lamentan, que se ríen o que lloran, que cantan o que rezan. En el fondo no las culpo: sé que viven unas vidas limitadas y que a fin de cuentas necesitan algo que las haga sentirse mejores, olvidar esto que son. Pienso que si no se las molesta ellas permanecerán tranquilas, aunque tampoco me hago ilusiones; así son mis muñequitas: falsamente inocuas, inocentemente inertes, calmadas pero jamás dormidas, un secreto que con su luz brilla, voraz boca que descansa en su pequeño universo de plástico y cartón.

Sobre la autora

Alma Mancilla (Toluca, México) es escritora y antropóloga. Su obra ha obtenido, entre otros, el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen (2011), el Premio Bellas Artes de Novela José Rubén Romero (2018) y el Premio Nacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano (2020). Ha publicado los libros de cuentos “Casa encantada”, “Las babas del caracol” y “El criado y otras historias de aflicción”, así como las novelas “Hogueras”, “Archipiélagos”, “De las sombras” y “El predicador”. Desde 2020 forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA-México.

Sobre el Kay nicté

Carmen Macedo Odilón

La bellísima luna se ha lanzado sobre el bosque.

De muy pequeña, mamá me dijo el huehuetlatolli que aún conservo en mi memoria: turquesas finas redondas y acanaladas de las que hice una imagen en mi corazón; honestidad al vestir y al andar, calma al hablar, honrarla a ella, a mi padre y a mi cuerpo, por si algún día habría de llegar el amado que me alabaría, pero también entonó para mí el Kay nicté, y en ese canto de la flor me habló de un momento que sería únicamente para mí, al cual, espero.

Me despierta en la noche y salimos con la luna testigo del rito que se guarda secreto en el silencio del bosque. El cielo, como capa azul preciosa, cubre de suspense la tierra y deja escapar el hilo brillante

que manda la luna a la elegida para que no me pierda en el camino. Mis pasos, acompañados del perfume de las plumerías, están rodeados de esa alegría de quien se sabe segura de no ser vista.

En el corazón del bosque, un rincón dedicado a nosotras, laten los corazones de las mujeres que me cuidan, quienes se dejan llevar por el aroma del copal, jazmines y flores de chicum. La tamborilera muestra el caparazón de tortuga terrestre que le ha sido heredado para guiar la celebración donde recibo los primeros regalos de mi edad adulta. Entre cada golpe melódico, las mujeres que me acompañan muestran sus ofrendas:

- El nuevo hilo de algodón.
- La nueva jícara
- Y el grande y fino pedernal.

Me veo con los aprendizajes de mi madre, tejiendo una vida y prendas para los míos, un hogar en donde encender el fuego y compartir alimentos: yo, como el eje de una vida que está a punto de comenzar.

Tiemblo de alegría de saberme mujer. Ante mí se revela el calzado y el ajuar para la nueva yo; una cinta para amarrar un nenúfar a mi cabellera. Los contemplo embelesada hasta que el caracol suena en los labios de la anciana maestra.

—Estamos a orillas de la poza en la roca. Esperamos por el nacimiento de la bella estrella.

Miro al cielo en busca de Venus, que se abre paso entre las nubes. Escucho que es la hora de despojarse de las vestimentas y soltar nuestras cabelleras hasta quedarnos tal y como llegamos al mundo, de la mano de las madres y parteras.

Entro en la poza de nenúfares que encierran los perfumes de la noche: el rocío de mis predecesoras, plumas ricas, plumas bellas, y los aromas de esos jazmines que me ofrecen la miel de su cáliz, tal y como habré de hacer con mi amado. Mientras tanto, cual plumeria fresca, mantendré mi corola cerrada hasta que llegue el momento, si es que este ha de llegar. Pieles libres y cálidas, cabelleras sueltas que guardan en su negrera al resto de estrellas. Me sumerjo y el tiempo se detiene en un instante donde música, Venus y cuerpo son uno mismo.

Mi niñez muere, yo renazco entre

cantos y bailes de esas que rodean la poza en un rito que es tan antiguo y sagrado como la mujer. Celebración secreta la que concluye en mi cuerpo húmedo bajo el cielo que me preparó la luna.

—Sobre el mundo, vírgenes, mujeres, diosas. —Oigo y me sumo al coro.

Tejeré vida, si así lo deseo, como honra a la tierra, madre primigenia.

Sobre la autora

Carmen Macedo Odilón. Escritora. Consejo editorial de la revista Palabrijes (UACM) y colaboradora de Cuentística, miembro de «Imaginarias», Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción 2022. Autora de Pequeñas desaparecidas (Ediciones Arboreto, 2022). Cuentista en: IV antología de cuento de Escritoras Mexicanas; Siniestras. Antología de cuentos de mujeres que incomodan; El tejido de la mujer araña, etc., y revistas como: Ágora (Colmex); Palabrijes (UACM); Acuarela humanística (UAEMEX); Punto de partida; Punto en línea, (UNAM); LIJ Ibero (IBERO). Tiene cuentos premiados por la Universidad Veracruzana, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Universidad Autónoma Metropolitana, etc.



Odilon Redon, Woman with flowers

Makeda

Laura Dueñas

*;Que me besé con los besos de su boca!
El cantar de los cantares*

Embelesados.

Ninguna palabra describe mejor lo que ha sucedido entre nosotros desde el primer momento. A los dos nos precede la pobre fama de haber tenido el coeficiente más alto de la universidad, de haber concursado y ganado cada debate en el que participamos. Sé tan poco de ti y nadie te conoce como yo. Me es difícil aceptar que el primer encuentro después de tantos años se parezca poco a la rivalidad de colegas que conozco bien.

Tu ponencia explora la posibilidad de que el reino de Saba no esté en Etiopía como afirman sus libros sagrados, sino que se trataría de una zona imperial cuya

influencia iría de Yemen hasta el este de Sudan. Si esto es así, entonces Makeda controlará el comercio entre África y Asia.

Siglo X a. de C.

Una mujer.

No te va a ir muy bien.

Me citas en un café al terminar tu ponencia. Sabes que aceptaré. Has elegido el restaurante del museo Tamayo y llego ahí después de ti. Camino sola entre el bosque llovido que huele a tierra y que no pertenece a esta ciudad en la que ambos somos ya extranjeros.

Tarde cómplice. Política y express para empezar. Después África, el futuro de los documentos antiguos, nuestros temas: como si nos hubiéramos visto ayer. Evades nuestra historia. Nadie podría adivinar el

ritmo y la tensión. Tú y yo tan serios. Tan distantes.

De pronto, cambias de posición. Echas la silla para atrás, te acomodas, sonríes. Pones las manos sobre la mesa, las acercas a las mías. Acrobacias que son lenguaje de lo íntimo. Tan seguro de ti.

Te miro a través.

Al revés.

Una vez más.

Hemos andado hasta tu hotel a sólo unos pasos del bosque en silencio y apenas sin tocarnos. En tu habitación se filtran los últimos rayos del sol de la tarde y todo se pinta de un color difícil de describir y aun más de creer.

Huele a sándalo.

Me abrazas y tu mirada profunda rivaliza con las profundidades del abismo. Te demoras en el primer beso, la distancia precisa, todos los pactos sellados. Estamos de pie. Tus manos me recorren sin prisa y me obligas a cerrar los ojos. Cada milímetro que tocas nace de nuevo y conduce una señal voltaica hasta mi cerebro.

Me demoro para ti, puedo oír los latidos de mi corazón y del tuyo mientras me pierdo en tu boca. Ya no puedo abrir los ojos. De pronto, sólo puedo pensar en un relámpago y el grito mudo me hace arco.

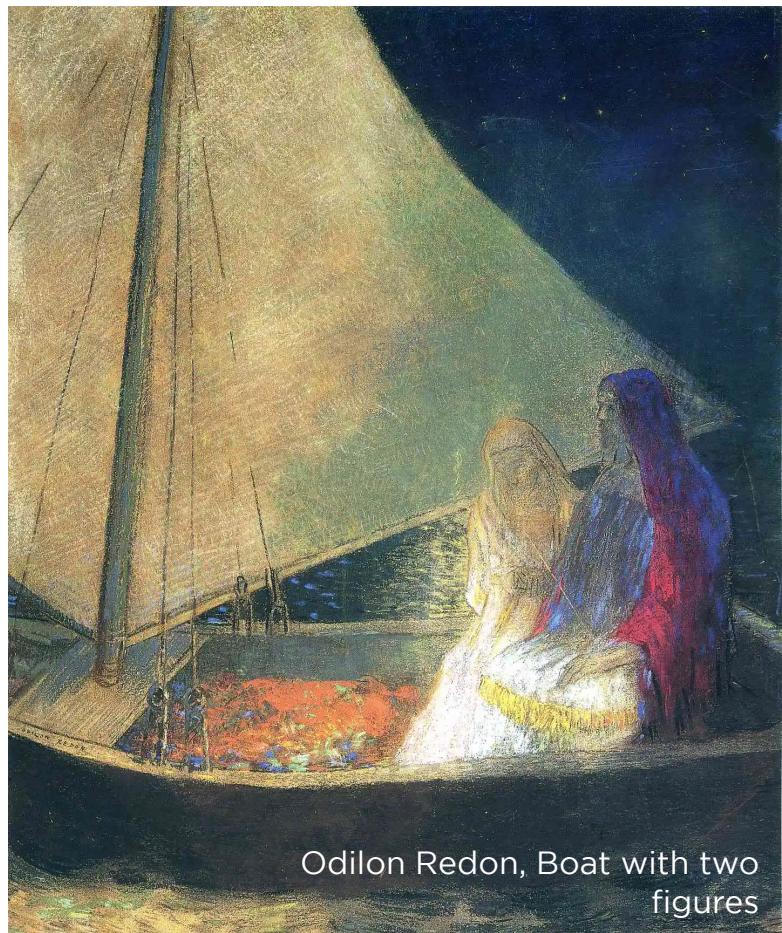
La tarde da paso a una noche suave entre tus brazos.

El rey Salomón tenía 700 esposas, 300 concubinas y una escribana fea, me

dices mientras acaricias mi cabeza. Nada mal para una época sin viagra. Sin embargo, continúas, fue hasta que Makeda vino que él conoció la verdadera pasión. Esa que sirve para escribir versos.

Sólo entonces escribió el célebre cantar.

¿Era ella la que se lavaba con agua de alhucema y romero, la que descubrió el olíbano quemando arbustos en Yemen? Ella y no otra. La conoces bien. Me sorprende que la iglesia que eligió el pecado sexual como el imperdonable, rescate este



Odilon Redon, Boat with two figures

encuentro tan erótico.

Para incluirlo en el canon bíblico, me dices, se alega que los amantes eran el símil del amor de Dios por su Iglesia. Falso. Es Salomón entre las piernas de su amada, sin más.

Siento tus piernas entre las mías.
Tiemblo de nuevo. Tomas mi cara y la
giras hasta que encuentras mis ojos. Vaya
milagro, de nuevo repetido.

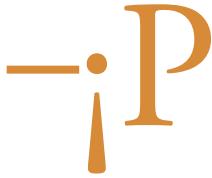
Afuera la ciudad sigue viva al cambio
de las luces del semáforo

Sobre la autora

Laura Dueñas es ingeniera. Tiene estudios en Dirección estratégica, desarrollo económico local, gerencia de proyectos, antropología y filosofía entre otros. Ha sido empresaria por más de 30 años en la rama metalmecánica y gerente de proyectos de infraestructura, consultora en áreas financieras, desarrollo económico regional, y gerencia estratégica. Es profesora universitaria. Imparte talleres de oratoria y en su tiempo libre es consultora de organizaciones no lucrativas, escribe cuentos, hace yoga y cocina.

Oztotéotl

José Ricardo Chaves

 **P**inche editor de mierda! — exclamó decepcionado tras leer en su pantalla el e-mail por el que, por tercera vez, una editorial se negaba a publicar su manuscrito. Se levantó tambaleante de la silla y se acercó al ventanal tras el cual se veían cercanas las formaciones rocosas de Chalmita, junto a Chalma, donde está el gran santuario del Cristo negro. La sierra forma una cañada arbolada y fértil, con aguas claras y cuevas donde antaño se adoraron otros dioses, no el Cristo ni los santos ni las vírgenes de hoy sino divinidades prehispánicas, dioses oscuros de la guerra, la sangre y la fertilidad.

Sin embargo no era en dioses en lo que pensaba Abraham en ese momento, sino en el enojo que sentía por el rechazo

editorial, aunque a fuerza de estar mirando ese paisaje rocoso y vegetal, se fue calmando, como solía ocurrirle, y al rato ya se le había bajado el coraje. Por lo general esas montañas generaban un efecto apaciguante en él, aunque en momentos de mucha angustia podían producirle claustrofobia y era entonces cuando subía a la azotea de su casa para ver con más amplitud el mundo y no ahogarse con una visión estrecha de pétreas murallas montañosas.

Por eso había abandonado la ciudad de México y se había concentrado en ese pueblo junto al santuario, en el Estado de México, a diez kilómetros de Malinalco, para ver largo y ancho, mucho y alrededor. Pagaba una renta baja por esa casa grande y tranquila, con un extenso jardín, propiedad

de un amigo. Ahí se dedicaba a escribir libros que casi nunca publicaba, no por falta de ganas, sino porque no solía terminarlos, y si los terminaba, muy a menudo eran rechazados. Avanzaba en las historias y construía tramas que al final del cuento se paralizaban, igual que él, se bloqueaba el mecanismo narrativo y todo hibernaba (los personajes, la trama, los asuntos). Esto le generaba una gran angustia que sólo se resolvía poniéndose otra vez a escribir, había entonces que hilvanar otra narración a ver si ésta sí pegaba, sí crecía, a ver si ésta sí era aceptada por algún editor, todo por llegar al incierto lector.

Se alejó del ventanal ya más tranquilo. Después de todo no era una total sorpresa esa negativa, una parte suya ya se la esperaba (aunque había otra que deseaba con pasión un sí), que el libro cuajara en papel y tuviera así la oportunidad de acceder finalmente al lector, a muchos lectores si fuera posible. Se acercó al gran librero como quien observa estrellas en el cielo, sin prestar especial atención a alguna en particular sino más bien como observándolas a todas al mismo tiempo. En este caso las estrellas eran libros en una constelación de pergамино, acomodada en filas temáticas y autorales.

Como sin saber sabiendo extendió un brazo en la sección de literatura mexicana y, de entre los libros de Francisco

Tario, Pedro Castera, Juan Rulfo o Amparo Dávila, entre otros, tomó uno ya leído que le traía buenos recuerdos, las Cartas de Tepoztlán de Pablo Soler-Frost, uno de sus escritores preferidos. También le gustaban mucho sus cuentos de Birmania. Por desgracia sus últimos libros habían tomado una deriva católica que no le atraía y que más bien encerraba a su autor en facilismos de fe a la hora de narrar, según su laico entender. Algo similar le pasaba con otro escritor mexicano, José Luis Ontiveros, de quien le había encantado su novela *El hotel de las cuatro estaciones*, si bien lamentaba que su temprano elogio de la fuerza y del guerrero hubiera derivado después en un entusiasmo reaccionario y tradicionalista que lo tornó menos interesante literariamente hablando.

Reacomodó las Cartas... y sacó la novela jesuita de Soler-Frost, 1767, que la verdad no le había gustado, excepto por las referencias a Chalma y a Chalmita al inicio de la novela, y que tenía que ver con la expulsión de los jesuitas de México. Buscó aquel párrafo que había subrayado y que hablaba de la sierra de Chalma como un “lugar de cuevas y de veneros de agua que surgen de la piedra” en la página 39 de su ejemplar, salió del estudio y se fue al jardín, desde donde volvió a contemplar encantado la magnética sierra rocosa, la cubierta vegetal que la cubría hasta cierta altura, sobre todo en sus repliegues. Una de las

cumbres estaba coronada por cruces vestidas de blanco, de azul y amarillo, renovadas cada año, tras la debida peregrinación, y desde ahí se imponía la impronta cristiana sobre el territorio antes idólatra, se señalaba su condición de vasallo espiritual del Señor, el dios cristiano y su hijo unigénito.

Y es que esa zona tuvo otros dioses importantes tiempo atrás, venerados en cuevas usadas para ritos propiciatorios o como lugar de prácticas piadosas. Entre ellos estaba Oztotéotl, cuyo negro y cilíndrico ídolo del tamaño de un hombre alguna vez moró en la cueva hoy ocupada por el arcángel San Miguel, de gran adoración en el lugar, tan solo superada por el santo Cristo de Chalma. Hoy es más bien una capilla lateral al gran santuario, pues el Cristo negro fue cambiado de lugar a uno más grande, uno que pudiera albergar a sus numerosos creyentes y devotos que peregrinan ahí a lo largo de todo el año, coronan su trayecto con flores en la cabeza si van por primera vez, bailan al Señor de Chalma, se bañan en las aguas del gran ahuehuete, árbol sagrado, primero pagano y ahora cristiano, árbol converso, y aprovechan para pasear por los hermosos rumbos y bosques y comer truchas, tacos o quesadillas.

A veces Abraham iba al santuario como guía de un amigo o amiga que lo visitaban de fin de semana, o simplemente como paseante solitario cuando una tarde

se encontraba aburrido en su casa y sin ganas de escribir ni de leer, por lo que decidía caminar hasta el santuario, pero en realidad no pasaba de la capilla lateral de San Miguel, que para él seguía siendo de Oztotéotl desde que se enteró del viejo mito, y le ponía una vela roja tras presentarle sus saludos. No lo veía pero se lo imaginaba en el mismo lugar en que estaba el ángel, con un cuerpo obscuro y cilíndrico, en vez de uno claro y alado. Conocía muy bien la mitología local y la había estudiado con atención, aparte de platicar con gente del lugar que decía seguir, en plenos tiempos cristianos y posmodernos, versiones y apropiaciones de aquélla. Había neotoltecas y nahualtláfilos, concheros y chamanes, curanderas y herbolarios, brujos y hueseros, para quienes aquellos dioses viejos seguían vivos de otras maneras, a veces con disfraces cristianos, con las mismas costumbres que ahora se explicaban con razones diferentes.

Todo esto se combinaba con practicantes de terapias alternativas como masajes y temazcal, yoga y flores de Bach, aunque el mercado no era tan amplio como en Malinalco y, sobre todo, en Tepoztlán, poblados que conformaban en esa zona, junto con Chalma, el gran triángulo energético desde la antigüedad prehispánica hasta la actualidad, según afirmaban los esoteristas que se habían establecido en estos lugares, provenientes muchos de ellos

de la ciudad de México, pero también de otras provincias y del extranjero. Artistas, ocultistas e indigenistas sacros se daban la mano y bailaban alrededor del gran ahuehuete de la imaginación.

Un día Abraham decidió dejar la universidad, abandonar la docencia. Se había cansado de la maquinaria académica que lo desgastaba, la práctica docente que le quitaba la energía para hacer lo que realmente quería hacer, que era escribir cuentos y novelas. El problema era que éstas no le generaban dinero, apenas una ocasional publicación si bien le iba, mientras que el dragón de la docencia académica esperaba sediento más clases y más alumnos para justificar saber y, claro, mejor presupuesto económico. Este dragón no estaba solo sino que iba acompañado de comités y comisiones, de licenciaturas y de posgrados, toda un engranaje institucional que devoraba su tiempo y su vida. Así que un buen día Abraham renunció y cambió su residencia a Chalmita, dedicado desde ese momento a escribir y leer; dice que ahora lee sin querer escribir sobre lo que lee, que quiere quitarse el automatismo de profesor, de lector crítico, de desmenuzar prosa y deshilvanar argumentos.

Habría también que reconocer que no solamente fueron las ganas de Abraham por escribir ficción el único factor que lo lanzara a la renuncia universitaria y a esa escritura obsesiva y sin mayores esperanzas.

Otro factor quizá no menos importante fue su enredo sentimental con una alumna (un cincuentón enredado con una veinteañera: algo mal visto y que luego se enturbió más cuando Aurelia, que era como se llamaba la chica, le armó un escándalo en plena clase reprochándole su abandono, tras él haber obtenido sus favores sexuales). El alboroto no pasó a mayores, por suerte para él, pero generó rumores y desprecios. Esto, y el deseo de alejarse de Aurelia, esa joven caprichosa que, si al principio lo había cautivado, muy pronto lo había adoptado como padre y esto ya no le gustó, es más, le generó espanto y fue cuando salió corriendo para Chalmita. Le escribió una carta de despedida pero no le dio la nueva dirección ni teléfono ni e-mail ni nada, ni siquiera le dijo adónde iba. Fue así como una mañana en que ella fue a verlo al apartamento, él ya no vivía ahí, se había marchado quién sabe adónde, según le dijera el conserje del edificio.

Pese a estas medidas, una mañana el teléfono sonó y, cuando contestó, se dio cuenta que era Aurelia, quien, tras recriminar su abandono y sin querer decirle cómo había obtenido su nuevo número telefónico, le dijo que estaba embarazada de poco más de tres meses, los mismos de su desaparición del mapa de su vida, el de ella y ahora, el de su futuro hijo o hija. La noticia cayó como una bomba sobre el escritor obsesivo que apenas comenzaba a

sacarle gusto a su soledad creadora. ¿Ahora qué iban a hacer? Sus padres la habían echado de la casa y estaba viviendo con una tía en la colonia Narvarte. Abraham terminó dándole su dirección en Chalmita, en donde dos días después se apersonó la muchacha y, sí, se la veía más llenita y con su vientre levemente abultado, aunque casi no se le notaba o bien podría ser que simplemente hubiera engordado por comer, no por embarazo.

Aurelia era caprichosa sin estar embarazada, mas, ahora, encinta, ese rasgo se fortaleció, aunque acompañado de malestar físico, de necesidad de reposo. Lloró y lloró y terminó convenciendo al maduro solterón de ella permanecer ahí mientras tanto, mientras tenía el hijo, ya después verían qué hacer, ella podría quedarse o irse con o sin el niño, y seguir su vida, cada quien por su lado o, tal vez, juntos. Muy madura la muchacha; más que el profesor, sin duda. Él nunca había sentido la necesidad de tener hijos y tal vez esto influyó en que no se casara, podía tener muchas mujeres y no una sola, sexo variado en vez de monótono, y así fue, no se casó, tuvo amantes, compañeras de semanas, dos meses duró la que más, y ahora resultaba que esa chiquilla se aparecía diciendo que iba a tener un hijo suyo.

Para el aborto ya era algo tarde, algo en lo que ambos pensaron y que comentaron abiertamente, pero ya se había

pasado el tiempo para eso, por lo que acordaron que ella viviría ahí hasta un mes después del parto, que se llevaría al niño y, si ella no lo quería, lo darían a un hospicio. Él ni siquiera consideró la posibilidad de quedárselo, tan remoto le resultaba el sentido paterno. Nunca había tenido esa necesidad por continuarse en otro, por seguir de otra manera, por cultivar linaje, sino que quería morir del todo cuando muriera, nada de cielos ni infiernos ni reencarnaciones, no, no, para qué, mejor acabar y disolverse. Esto era lo que quería para sí al final de su vida, pero temía que no fuera tan sencillo, que su deseo materialista de acabarse del todo no fuera tan fácil de conseguir. A fin de cuentas, el acabarse materialista era tan hipotético como la teoría de continuidad de los creyentes.

Pero ahora no era la inmortalidad lo que preocupaba a Abraham sino Aurelia, que ya se había instalado ahí, en la casa de Chalmita, aunque con algunas condiciones que él impuso: ella ocuparía tan solo cierta parte de la casa, con acceso compartido en otras, como la cocina y el comedor, y otras de acceso prohibido, como el estudio en que pasaba la mayor parte del día y a veces de la noche, sobre todo cuando tenía insomnio. No siempre pasaba esto, por suerte, ya había detectado un patrón de insomnio de una o dos noches por semana, combinadas con un resto nocturno lleno de inconsciencia y descanso. Estas horas de

olvido personal le encantaban a Abraham. Eran su deleite.

También había sido sincero con ella en lo que se refería a su continua cháchara. Ella hablaba mucho y de todo, y él, por el contrario, hablaba poco o nada. Así, cuando coincidieran en algún espacio no tendrían necesariamente que platicar, a veces bastaba con una leve sonrisa. Lo que al principio fue un suplicio para Aurelia, muy pronto le gustó, comenzó a agarrarle el gusto al silencio y a las pocas semanas ya andaba callada por la casa y el jardín, con apenas unas indicaciones a la señora del pueblo que venía a cocinar y a hacerles el aseo de la casa.

Entonces Abraham notó que el silencio de Aurelia lo inquietaba tanto como su antigua plática incesante, y el hecho de que pasara del discurso al susurro la tornó otra vez atractiva sexualmente, aunque sin embargo no quiso reiniciar relaciones con ella. Tampoco ella lo habría aceptado tan fácilmente, pues estaba muy dolida con el proceder de Abraham, tanto antes como entonces. Ciento que le daba alojamiento y manutención, pero no por gusto sino obligado. Si ella no hubiera insistido, él la habría dejado ir como si nada, como si ese bebé en proceso no existiera.

Pero el bebé sí existía, por lo menos su cuerpillo, y ella comenzaba a sentirlo a ratos, a imaginarlo, a quererlo, y se angustiaba cada vez que pensaba

en dejarlo cuando naciera; esto la hacía sentirse culpable de antemano, por lo que, pensaba, seguramente se quedaría con el niño, aunque no le contara de sus planes por ahora a Abraham. Ya nacido, no le quedaría de otra que resignarse a que su hijo no desaparecería en el anonimato de la adopción, sino que tendría cara y nombre y un lugar donde buscarlo, junto a la madre.

Aurelia salía al jardín y caminaba entre los árboles y las plantas, las bugambilias y los bambúes, los aguacates y los guayabos. Cuando sentía el sol de la mañana sobre su vientre, se lo abrazaba y se imaginaba al hijo (pensaba en un hijo, no en una hija, quién sabe por qué), creciendo dentro de ella, dispuesto a salir al mundo para quererla mucho, mucho, no como el padre, Abraham, que había resultado un fuego fatuo, un cohete de feria que se cebó en su estallido, sus luces y su estruendo se habían visto frustrados por el desinterés de la pólvora mojada.

Más de una vez Abraham la había observado desde la ventana de su estudio. Allá estaba ella junto a la jacaranda florida, agarrándose la panza incipiente, riéndose como tonta o como ángel. El la veía tras el visillo de la ventana, inmóvil, como gato somnoliento que sabe que hay un pájaro por ahí pero no le hace mucho caso, tal es su sueño, pero el sueño del gato Abraham se llama literatura, y por eso él está ahí, junto a la ventana y cerca del escritorio donde

hasta no hace mucho estaba escribiendo una nueva historia. Probablemente sería rechazada por el editor, pero Abraham no lo sabía en ese momento, creía que sí sería publicada, que era una gran historia, que sería aplaudida por los lectores (apenas los tuviera), y así le llegaría el reconocimiento hasta ahora negado por la vida.

Lo que estaba escribiendo era una nueva versión de la historia de Abraham e Isaac. Buscando de qué escribir que no hubiera escrito ya, pensó en que la respuesta estaba en su propio nombre, Abraham, y se puso a revisar en la Biblia el pasaje respectivo del viejo Abraham que concibe un hijo, Isaac, con la también vieja Sara, y al que, pasados varios años, su dios le pedirá sacrificarlo para probar su devoción. No sería la única ocasión en que Jehová quisiera sacrificios de jóvenes, pues también matará primogénitos en Egipto para doblegar al faraón en su negativa de dejar ir a los hebreos con Moisés. Por internet había encontrado muchas imágenes de obras artísticas con el tema de Abraham e Isaac, pero dos le habían llamado la atención sobremanera: un cuadro de Rembrandt y otro de Caravaggio. Ni modo: su pasado como profesor no lo abandonaba y su ojo adiestrado en describir y analizar se había posado en esas imágenes y las había descuartizado semánticamente. A nivel personal, prefería el cuadro de Caravaggio al de Rembrandt, aunque reconocía maestría

en ambos.

En el cuadro de Caravaggio, Abraham es un hombre maduro pero no viejo, podría ser un cincuentón como él, y ahí empuña el arma filosa que ha de sacrificar a Isaac, quien no luce asustado. El ángel está al lado de Abraham, más niño que su hijo. Mira de frente al padre y posa su mano sobre el cordero que sustituirá a Isaac en el sacrificio. La luz del cuadro recae sobre la cara infantil del ángel y en la cabeza del cordero. El rostro de Abraham queda en tinieblas, igual que el de Isaac, cuyo cuerpo es iluminado por atrás, en la espalda. Lo claroscuro refuerza lo dramático.

En el cuadro de Rembrandt Abraham sí es viejo, tal como dice el cuento bíblico. Desde arriba surge un ángel que detiene la mano que se apresta a cortar. Abraham suelta el cuchillo que, más que caer, parece suspendido en el aire, como sostenido por una mano invisible (tal vez la de Dios) que no ceja en su empeño por cortar el blanco cuerpo de Isaac, quien, pasivo y resignado, espera la muerte en la parte baja del cuadro, con su rostro cubierto por la otra mano de Abraham. En él la luz recae sobre todo en el cuerpo de Isaac y en la cara de Abraham (mismos que en Caravaggio quedan más bien a la sombra), mientras que el rostro del ángel (más adolescente que niño, más mujer que hombre) queda en la penumbra. La de Rembrandt es una imagen con más color y viveza que la de Caravaggio.

Abraham imprimió las dos imágenes muchas veces y las pegó en distintas partes del estudio, de forma tal que, sin importar hacia donde fuera, los ángeles, isaaques y abrahames lo miraban desde todas partes, mientras él intentaba escribir su historia. En la noche tampoco lo abandonaban, pues volvían a salir en sueños en donde él se veía como el cordero que iba a ser sacrificado. No se sentía como padre, como hijo o como ángel sino como oveja al matadero. A veces el cuchillo lo alcanzaba y sentía el filo en su pescuezo, la sangre que corre, y es entonces cuando se despierta y a veces hasta grita. Anoche descubrió que la cara del ángel era la de Aurelia. Igual le cortaban el cuello a él y su propia sangre salpicaba.

En la mañana amaneció perturbado, por lo que quiso dar un paseo para calmarse y se fue a la capilla de San Miguel, en el santuario de Chalma. Como siempre, puso su veladora roja a Oztotéotl bajo las apariencias de que se la ponía al angelote fiero, y le pidió al “oscuro señor de la cueva” que limpiara su mente, que le quitara sus sueños de sangre y sus miedos de padre incipiente. ¿Qué pedía el dios cilíndrico a cambio? ¿Sangre de niño, como antes? ¿Sangre propia o de paloma? Le daría la que quisiera con tal de que las cosas volvieran a ser como antes, cuando Aurelia no andaba por allí abrazándose la panza en el jardín ni él soñando esos sueños de muerte, y estaba tan solo ocupado en escribir sus historias, sin importar que fueran a ser leídas. La verdad era que, con lector o sin lector, él

la pasaba muy bien inventando historias, se aliviaba de tantos pesares, aunque últimamente no le estaba resultando.

Por eso se encontraba ahí, en la cueva de Oztotéotl, y entonces ató cabos, Oztotéotl era como el Jehová bíblico en cuanto ambos pedían sangre de hijos, solo que uno no enviaba ángeles para detener el sacrificio. Tal vez en esa cueva en la que se encontraba (la reja de la capilla estaba abierta y Abraham había aprovechado para entrar y poner su veladora dentro de la caverna), tal vez ahí habían muerto varios isaacs prehispánicos, niños cuya sangre abonó la devoción de sus padres hacia la deidad fiera. Y entonces Abraham supo qué hacer para abatir los malos sueños, para dejar de ser cordero y convertirse verdaderamente en un Abraham como el de los cuadros, hecho y derecho, para publicar sus historias.

Salió de la cueva y emprendió el regreso a casa. Junto a un puesto callejero que vendía figuras de santos, cristos y vírgenes, había otro más pequeño que vendía artesanías locales, incluido un cuchillo de pedernal adornado con cuero y plumas, que se apresuró a comprar tras pedir descuento. Sería su amuleto de la suerte, uno que le permitiría abrahamizarse en serio y dejar de ser cordero. Al llegar a su casa se puso a escribir con mucho ánimo.

Durante la cena coincidió con Aurelia y estuvieron hablando un poco. Él le contó de su ida a la capilla y ella le dijo que nunca había estado ahí, que le gustaría

conocerla. Abraham le propuso llevarla cuando quisiera. Más adelante, le contestó ella, pues al otro día iría a ver a un médico a Malinalco, pues no se había sentido bien últimamente, y no eran solo los achaques. Él se ofreció a acompañarla pero no quiso, iría con la señora que les cocinaba, doña Micaela. Que siguiera escribiendo como tanto le gustaba, dijo con un dejo de reproche que Abraham pretendió no oír.

Tras la visita al médico le recomendaron mucho reposo, lo que para el temperamento activo de Aurelia era mucho pedir. Ya había tenido que restringir su habla por los pedidos de Abraham. ¿Ahora le iban a quitar también su movimiento por los caminos polvosos, entre tecorrales y retorcidos nopalos, por el bosque que cruzaban los peregrinos en ciertas fechas, por las veredas sombreadas junto al río? Aurelia lloraba sola en su habitación.

Abraham volvió a soñar que era un cordero y que lo iban a matar y Aurelia soñaba que era una momia metida en un sarcófago. El niño brillante que antes imaginaba en su vientre comenzó a oscurecerse, a pesar como una piedra, y pensar en él ya no la entusiasmaba como antes. Pesar y pensar iban juntos.

Una hermosa tarde ya no aguantó más cama y quiso caminar. Se encontró con Abraham en la sala, donde tomaba un refresco, y le propuso visitar la cueva de San Miguel de la que tanto le había hablado la otra vez. Abraham no se sentía bien, llevaba varias noches de dormir mal

y de despertarse antes de que le cortaran el cuello, la historia que escribía se había estancado (¡qué novedad!) y su angustia era grande y dijo que sí, que fueran. Le informó que el acceso a la capilla era difícil por su condición de embarazada, pues había que subir y bajar calles y escaleras, pero a Aurelia pareció no importarle en esos momentos, tan harta estaba de la inmovilidad de sus últimos días.

Sí, vamos dijo, iré despacio, con cuidado, y antes de partir Abraham tomó el cuchillo de pedernal y lo guardó en la bolsa interna de su fresca chamarría. El calor había hecho que las calles estuvieran casi desiertas a esas horas. Aurelia llevaba un gran sombrero de paja y un amplio vestido blanco. No obstante sentía el ambiente bochornoso. Bajó la larga calle de piedra de la mano de Abraham y una nube grande en el cielo la hizo pensar en un ángel que los sobrevolara.

¿Falta mucho?, preguntó, y él le dijo que no, pero que si estaba cansada podrían devolverse a casa y tomar un taxi. No, no, quiero ver la capilla de la Aparición, dijo. Entraron por una puerta lateral del santuario y comenzaron a descender la gran escalera. Ella siempre de la mano de Abraham. Casi no habían hablado en el trayecto, como si el calor y la luz de la tarde secaran toda palabra y gesto. En todo caso, habían oído cantos de pájaro, ladridos y unos rebuznos lejanos. Ah, también balidos de borregos, un grupo de ellos que pastaban tras un tecorral medio derruido.

En un rellano de la escalera cambiaron de dirección y, en vez de seguir bajando, ascendieron unos escalones hasta una placita donde estaba la capilla, a un costado de la iglesia. Nadie había ahí, excepto pájaros e insectos. El sol seguía

inclemente aunque había brisa y algunos grandes árboles daban sombra. La puerta de la cueva estaba abierta y entraron. Al principio casi no veían nada pues venían deslumbrados por la luz exterior. Poco a poco se fueron acostumbrando a la



Odilon Redon, The child

(C) ArtsDot.com - Odilon Redon - The Child

penumbra, a la luz baja de unas veladoras que ardían por el ángel. El frescor era delicioso, al menos para Abraham, todo sudoroso. También para Aurelia, pero no era suficiente para sentirse bien, pues el esfuerzo físico la había afectado. No, no se sentía bien, pero no quería reconocerlo ante Abraham.

Mientras ella buscaba apoyo en una pared, Abraham sacó con discreción el cuchillo de pedernal. Algo o alguien lo impulsaba a hacerlo y buscó en el aire algún ángel que quisiera detener su mano, pero no lo encontró. En la tiniebla nadie flotaba y en un rincón ella estaba acurrucada, con los ojos cerrados, sosteniéndose el vientre pero no como otras veces, bajo el sol, con alegría, sino con malestar y hasta con una punzadita de dolor.

Unos pocos pasos más y Abraham podría tomar el cuerpo de Aurelia por la espalda, como en el cuadro de Caravaggio, taparle su rostro como en el Rembrandt, y ofrecer la sangre del cordero a Oztotéotl, pues todo estaba en silencio, apenas un leve susurro de Aurelia. El cuchillo de pedernal brillaba en la mano oscura de Abraham, dispuesto a cumplir su cometido y restaurar el sueño tranquilo de su poseedor. Pero se detuvo. Abraham había observado una mancha de sangre que impregnaba el vestido blanco de Aurelia, en la zona pública, en la entrepierna, y ofreció esa sangre que corría al dios invisible que yacía

en el fondo de la cueva, vestido de ángel, y al ver que la muchacha iba a desmayarse, tiró el cuchillo tras el altar y la tomó en sus brazos antes de que ella cayera.

Su mano se entintó con la sangre de la joven y él tocó la pared de la cueva, dejando tres dedos pintados. Después salió de ahí, con la muchacha en brazos y, con mucho esfuerzo, subió la escalera hasta la calle lateral, donde tomó un taxi tras un rato de espera. La llevó a la clínica de Malinalco, donde la atendieron con rapidez, pero el niño se malogró (pues sí fue niño, como le dijo el médico que la atendiera). Parto prematuro, aborto espontáneo, menos de siete meses de embarazo: nada que hacer.

Aurelia se quedó un mes más en la casa de Abraham, tal como habían acordado, se repuso del incidente no sin pasar tres semanas con depresión y terminó volviendo a la ciudad de México. Abraham, por su parte, siguió en Chalmita, terminó su historia en tres meses más, la envió a un editor de la capital, quien aceptó publicarla.

Sobre el autor

José Ricardo Chaves [Pacheco]. Licenciado en Lengua y Literaturas Modernas: Francesas con Maestría y Doctorado en Literatura Comparada por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor e investigador del Sistema Nacional de Investigadores (nivel I) en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus principales líneas de investigación son: el estudio del romanticismo y del ocultismo del siglo xix y a la literatura fantástica de esa época en Europa y América. Obtuvo el Premio Joven Creación de la Editorial Costa Rica en 1983 con el libro de cuento *La mujer oculta*. También ha desarrollado una trayectoria narrativa desde 1984 año en que dio a conocer su primer libro de relatos. En novela ha publicado la trilogía: *Los susurros de Perseo* (1994), *Paisaje con tumbas pintadas en rosa* (1999) y *Faustófeles* (2009) que le valió el Premio de la Academia Costarricense de la Lengua.

La cama de Lugones

José Ricardo Chaves

Todo había pasado tan rápido! Apenas un año atrás había conocido en un congreso de literatura latinoamericana en México a esa colega argentina, especialista como él en la obra de Leopoldo Lugones, sólo que ella lo estudiaba desde dentro, desde lo conocido y sentido, mientras que en su caso, el de Justino Miranda, lo hacía desde la extranjería, desde la distancia. A diferencia de la mujer, no se enfrentaba a un héroe nacional sino a un caso literario. Por su parte, ella, Elia Mandoki, se asombraba por el amplio interés de Justino en la literatura argentina, pues no se trataba sólo de Lugones, ya que estaban también presentes en el gusto de su colega centroamericano el consabido culto a Borges que imperaba en el medio

académico, así como el gusto por el Cortázar cuentista y, menos, por Sábato, que quizá resultaba muy pesado para esos tiempos posmodernos, contrarios a su existencialismo démodé. Últimamente florecían también algunos estudiosos de Ricardo Piglia o de César Aira. Pero de todos estos nombres, el fervor más alto de Justino estaba repartido entre Borges y Lugones, según se lo había confesado a ella mientras tomaban un cafecito amargo, entre dos mesas redondas del congreso mexicano.

Lo distinto de su encuentro era que Elia, contrario a las costumbres críticas, también tenía un interés parcial, no tanto en la literatura costarricense como un todo, de la que él provenía —y de la que ella casi nada sabía—, sino en el caso particular de un escritor de ese país, Max Jiménez, quien

había muerto en Buenos Aires en 1947. No se suicidó como Lugones, pero parece que se dejó morir en la depresión alcohólica, sin haber cumplido ni cincuenta años. Nacido en 1900, rico y talentoso, estudió poco y viajó mucho, conoció a Picasso en París, se dedicó a la pintura y a la escultura, también a las letras, con un curioso criollismo de vanguardia que le dio cierto renombre tanto en su lugar natal como en otros países. El caso es que Elia sabía de Max Jiménez, pero necesitaba leerlo más, por lo que solicitó a Justino el favor de conseguirle algunos títulos, con buena suerte para ella, pues a su regreso, en una de sus acostumbradas visitas a las librerías de viejo de San José, creo que en El Erial o en El Libro Azul, logró conseguir un ejemplar, no impecable, pero sí en buen estado, de las obras completas de Max publicadas por la UACA a principios de los años ochenta. Justino lo envió de San José a Buenos Aires. La mujer quedó muy agradecida. Ahora podría hacerse una mejor idea del misterioso amigo de su papá por medio de su literatura.

En reciprocidad, seis meses después le llegó una invitación de ella para participar en otro congreso, esta vez en el propio Buenos Aires, y en el que podría abordar cualquier tópico de alguno de sus escritores argentinos preferidos. Le pagaban el pasaje de avión. Por supuesto que iré, pensó Justino, haría una ponencia sobre la elocuencia del silencio en Borges (si escribía

sobre Holmberg, que también le gustaba, no tendría mucho público), hizo el trámite administrativo en su universidad para ir al evento académico y ausentarse dos semanas, una para el congreso y otra para conocer la ciudad literaria, esa misteriosa Buenos Aires que había surgido de las páginas de sus autores, leídos a lo largo de muchos años, y que ahora podría contrastar con la Buenos Aires realmente existente.

Así fue. Tomó su avión en el aeropuerto Juan Santamaría y llegó a la ciudad porteña en una época más bien de calor. Se hospedó en un hotel de la calle Corrientes, no muy caro en ese momento, pues la crisis argentina favorecía en el tipo de cambio al dólar y no al peso, por lo que el país resultaba barato al extranjero dolarizado. El viaje del aeropuerto al hotel se había dado sin contratiempos. Le gustó la habitación, aunque tenía algo de anticuada, como que hacía años no se remodelaba el mobiliario. Limpieza impecable, eso sí. Salió del hotel y se puso a caminar a lo largo de la calle en dirección al Obelisco, y luego caminó en dirección contraria, desde la otra acera, para ver el trayecto andado en retrospectiva.

Durante la primera semana en la gran ciudad, el congreso y el trato con sus colegas le sirvieron para comenzar a tomarle confianza, a no temer tanto a perderse, máxime cuando se está dotado de un buen mapa y se puede preguntar

en el camino. Elia Mandoki lo paseó un poco, sobre todo fueron a cafés y librerías, vieron el apartamento de Borges en Maipú 994 desde la acera de enfrente, e incluso hasta le consiguió un plano con una “ruta de Borges”, con la lista de sitios por visitar (donde vivió, donde trabajó, donde sucede “El Aleph”) por si después quería completar el peregrinaje literario. Y sí, Justino fue a algunos de estos lugares, tomó café en la confitería “La Perla del Once”, donde Macedonio Fernández tenía su tertulia décadas atrás y a la que asistió Borges en varias ocasiones. Era el mismo lugar, pero el moblaje se había modernizado. Justino compró en una tienda cercana que vendía artículos para turistas una pequeña figura de Borges, que estaba junto a otras de Menem, Maradona y Perón. Había también Evitas, Fideles Castros, Hugos Chávez y claro, Chés, muchos Chés Guevaras. También compró una figurilla de Freud, para regalarla a su psicoanalista.

Pasado el congreso, Justino se alejó del grupo académico, Elia incluida, quien, aunque simpática, era absorbente e impositiva. Justino la recordaba en ese momento post-congreso con cariño pues, en su última conversación, antes de que ella volviera a Rosario, donde vivía, le había hecho un regalo muy especial: una vieja nota manuscrita de Max Jiménez a su difunto padre, ya amarillenta, en que le agradecía un favor recibido, y un pequeño

objeto. Max le había obsequiado al padre de Elia una pequeña figurilla arqueológica que siempre cargaba a manera de amuleto desde que la hallara: una cabecita de piedra policromada que representaba un jaguar de rara belleza, y que él mismo había encontrado en una huaca de la isla de Chira, en el golfo de Nicoya, durante un paseo que hizo en 1935, según aclaraba en la breve carta. Cuando su padre murió, Elia encontró entre sus papeles la nota y la cabecita de jaguar, que, al parecer, nunca salió del sobre donde la guardara su dador, quién sabe por qué, tal vez miedo supersticioso del señor Mandoki ante un fragmento prehispánico. Después ella, intrigada, averiguó sobre el correspondiente desconocido de Costa Rica y supo así de Max Jiménez, quien vivió sus últimos días en una casa que el viejo Mandoki le alquilaba. Por internet ella investigó sobre la pasada actividad artística y literaria de Max y buscó sus libros, con poco éxito.

Justino guardó la pequeña cabeza de jaguar en su bolsillo y metió la carta de Jiménez en un libro, para que no se arrugara. Quiso quedarse a solas en Buenos Aires en esa semana que le restaba, recorrer a pie y despacio sus calles y barrios, la biblioteca nacional, parques, cafés, como hacen tantos de los personajes porteños por él leídos; restaurantes, librerías... zapaterías. Esto último no podía faltar en el gusto de Justino, atento, pese a sus muchos

libros, al buen vestir, incluido el buen calzar. Y en esto Buenos Aires le ofrecía un paraíso de zapatos, por su variedad y calidad. “Ver zapatos”, como decía él, le servía para calmarse, igual que leer. Esto no significaba comprar los zapatos siempre, aunque fueran muy bonitos, sino sólo a veces, volverse exigente, y sólo aquellos zapatos que superaran el alto umbral de su gusto entrenado serían adquiridos por él y puestos en sus exigentes pies.

Consiguió en sus paseos por librerías títulos de escritores argentinos viejos, del XIX, como Holmberg y Juana Manuela Gorriti; además, una destartalada novela de Macedonio Fernández y, de 1956, un ejemplar de *El prestidigitador* de Bonifacio Lastra. Estas adquisiciones librescas no lo hicieron olvidar su propósito de adquirir un libro de inéditos de Lugones sobre esoterismo, en el que había sido muy ducho, tanto en las formulaciones espíritas como teosóficas que conoció de joven, como en las tradicionalistas y católicas de vejez. Tenía una dirección en la calle Rivadavia conseguida en internet y hacia allá se dirigió.

El edificio de los años cincuenta que indicaba su dirección le pareció venido a menos, poco cuidado y, cuando llegó al segundo piso, buscó el número. Había otros negocios en el lugar, de abogados, de contadores, un consultorio homeopático, otro donde leían el tarot, pero había

también locales vacíos. La atmósfera del edificio era más bien tétrica, nada floreciente. Un gato pasó presuroso por un corredor. Tocó una vez a la puerta. Nada. Una segunda vez. Oyó unos pasos aunque, más que oírlos, los percibió, como una vibración que se transmitiera por el suelo, que venía de dentro, del otro lado de la puerta. Un joven moreno abrió la puerta. Justino saludó e indagó. El joven nada sabía y lo llevó con su jefe, un hombre gordo que se encontraba sentado en una esquina del amplio cuarto, en un escritorio, entre torres de libros y papeles, cual Ganesha porteño. Se observaban también varias pilas de libros de colores diferentes, algunos ya están empaquetados. Justino observó no solo la gordura del hombre sino sobre todo su gran cabellera blanca. La miró con cierta envidia, pues él, con varios años menos, casi no tenía pelo. El gordo tendría unos cincuenta años. Le preguntó por los libros de Lugones y él contestó que esos libros estaban por ahora detenidos: no hay plata para publicar. Entiende, cosas de la crisis económica. Tras una pausa:

—¡Grande que fue Lugones! —exhala con su vozarrón el gordo melenudo, no como ese señoritingo de Borges de quien ahora todos hablan tanto, concluye.

Sin saber muy bien por qué, Justino asiente con el gordo al respecto, quien dice llamarse Paco. Le responde que a él le gustan los dos, aunque reconoce que Borges

carece del sentido trágico de Lugones; es más fino cuando piensa, menos pasional. Esto será bueno o malo según cada quien. Los posmodernos dicen que es algo bueno y por eso organizan coloquios y encuentros, como ése al que él asiste.

—¡Unos boludos esos tales posmodernos de que hablás, como el mismo Borges!— dice el gordo, que ya trataba a Justino con más confianza, pues al principio no le cayó bien, otro extranjero, pensó, pero ya luego que comenzaron a hablar, y cuando vio que era un hombre culto y que buscaba una de sus publicaciones, nada menos que de su ídolo Lugones, pues con las cosas así su actitud cambió y aceptó al recién llegado, con quien se enfrascó en apetitosa conversación. Hasta lo invitó a tomar un mate, que Justino aceptó por curiosidad y cortesía. Fue su bautismo argentino. Los acompañó el joven moreno, un boliviano, que era el encargado de mover los libros y de empaquetarlos.

Por la plática, Justino se enteró de los gustos peronistas de Paco, aparte de sus filias lugonianas. Pues sí, pensó, hay compatibilidad entre esos pensamientos de fuerte base nacionalista. Entre otras cosas, para hacer la plática, le contó a Paco que al día siguiente iría tras los pasos de Lugones, hasta el Tigre, a visitar el hotel donde se mató.

— “El Tropezón”, se llama, me voy a quedar una noche —dijo Justino.

Paco lo miró con ojos de admiración. Él, que vivía en Buenos Aires, nunca había hecho ese viaje. Y ahora llegaba ese extranjero, costarricense nada menos, que es decir casi marciano de tan raro, como salido de la nada, que lee a su autor predilecto y que va a peregrinar al sitio de su muerte. ¡Qué vergüenza para él!

—Amigo, dijo con un aire serio, si vos me permitís, yo quiero acompañarte a la tumba del maestro, aunque no esté ahí su cuerpo, pero sigue resonando su último aliento.

Justino se arrepintió de haber hablado más de la cuenta. Quería viajar solo, y ahora se sentía incapaz de aclarárselo al tal Paco, dada su timidez. Terminó diciéndole que sí, muy a su pesar. Quedaron de verse en la estación de trenes.

Al día siguiente viajaron a El Tigre. Tomaron el tren TBA desde Retiro hasta Estación Fluvial Tigre. Justino quedó muy bien impresionado por el lugar, junto al delta, con edificios de viejas quintas del siglo XIX, clubes de remo y mansiones de la Belle Époque, todo ello bastante venido a menos pero, incluso con esa degradación, o quizás por eso, la belleza del lugar se imponía sobre los cambios modernos, con un toque de melancolía. Pátina, que llamaban algunos. Justino se acordó de aquellas palabras de Borges que hablaban de ese lugar, Tigre, como “un secreto archipiélago de verdes islas que se alejan y

pierden en las dudosas aguas de un río tan lento que la literatura ha podido llamarlo inmóvil”.

—Paraná se llama —había dicho prosaicamente Paco, el peronista lugoniano, quien lucía rosado y sudoroso por el calor. Lo dijo como si estuviera leyendo el pensamiento nostálgico de Justino, quien miraba el ancho río.

Tomaron una barca turística que los llevó por el cauce, entre pequeñas islas flotantes, con pajonales impenetrables donde antes saltaban los felinos que dieron nombre al lugar y que hoy dejan ver, tras haber sido cazados aquéllos, algunas garzas blancas que vuelan asustadas entre ceibos y sauces. El espectáculo arquitectónico en las orillas fascinó a Justino y, en la medida en que las casas lujosas y erosionadas y los clubes deportivos iban quedando atrás, la vegetación y las aguas aumentaban su presencia ominosa. Había en ese recorrido algo de Joseph Conrad en Corazón de tinieblas, pero aquel era un río africano con un paisaje salvaje; ahí, en cambio, el río americano era más bien apacible, soberbio, y las huellas humanas surgían a cada rato en sus orillas. No, no había la vastedad primitiva de la selva conradiana, ni siquiera de barroca selva tropical, que Justino conocía tan bien por su propio país, donde había viajado por río y por mar entre manglares y en zonas selváticas en Puntarenas, el Tempisque, Limón y

Tortuguero. La vegetación del Tigre parecía más civilizada, con menos insectos. No obstante, el calor húmedo todo lo unificaba.

Finalmente desembarcaron en un viejo hotel, un recreo llamado “El Tropezón”, que conservaba todavía algo del viejo mobiliario. Era una construcción de zona fluvial, con una extensa galería techada, con jardines floridos que rodeaban la casa. Se acomodaron en habitaciones separadas. Justino quería dormir solo y, además, temía los ronquidos nocturnos de su gordo acompañante. Visitaron el monumento mortuorio levantado en honor del poeta, un obelisco oscuro. El dueño del hotel estaba acostumbrado a los visitantes que llegaban para conocer el lugar donde Lugones se había quitado la vida con veneno. La habitación era un lugar especial, como una capilla laica, con su modestia franciscana, con su cama metálica, con su aroma inquietante de cuarto cerrado. Se conservaban también a la vista la jarra y el vaso donde se tomó el veneno.

Según contaba Manuel, el dueño, quien había nacido en esa casa y que tenía diez años cuando pasó aquello, había llegado a esa hostería de veinte habitaciones un caballero elegante y enigmático que pidió su habitación. Tras acomodarse, paseó por el parque y el muelle, distinguió entre el silencio y el susurro del río y, antes de recostarse, pidió una ginebra (algunos dicen mal que un whisky) y una jarra con

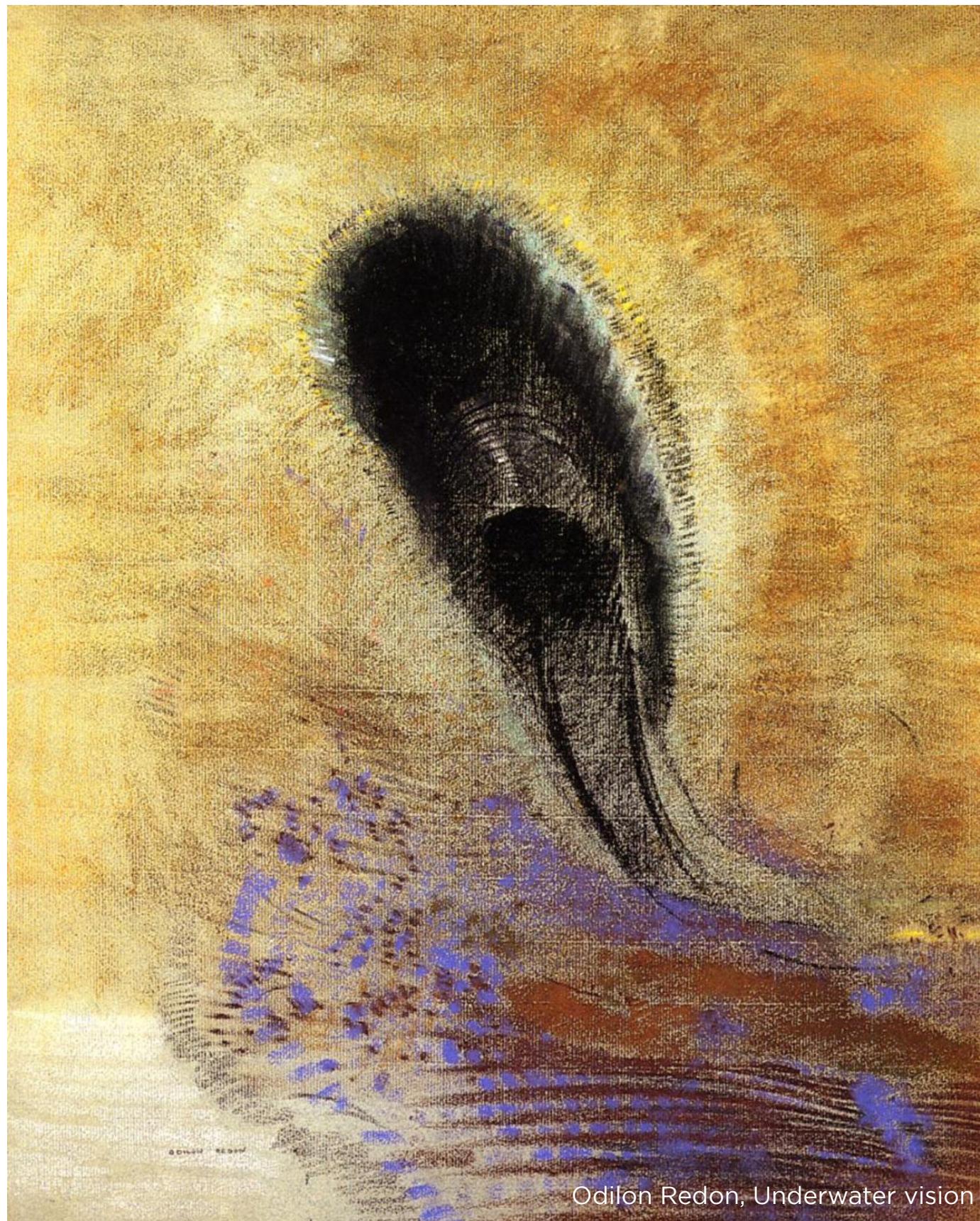
agua. Después del descanso cenaría, había dicho sin convicción. Se metió al cuarto y fue entonces cuando se tomó el veneno. Junto a su cuerpo, en la mesa de noche, encontraron su reloj de bolsillo de oro más su nota suicida, una fotocopia de la cual, enmarcada, se apreciaba en la pared de la pieza, la más fresca, la que está al final de la galería.

El color de Paco era más rojo que nunca, se secaba el sudor con un pañuelo blanco. Con su respiración dificultosa, se puso a rezar un padrenuestro por su maestro. Justino quiso estar a solas un momento, releyó en la pared el texto de despedida y se le quedó grabado su segundo párrafo: "Pido que me sepulten en la tierra sin cajón y sin ningún signo ni nombre que me recuerde". Salió del cuarto. Luego caminó por los jardines del hotel, hasta el muelle, en esa esquina donde confluye el ancho Paraná con el canal de la Serna, según leyó en una guía. Vio el río que seguía sereno su curso entre matorrales, lirios y sauces; pájaros mudos que saltaban de rama en rama. Sólo uno azul lanzó una tonada aguda, como un escalofrío, en medio del calor agobiante. Volvió a la habitación.

Para su sorpresa encontró a Paco sentado en la cama de Lugones, cosa que estaba prohibida, según aclaraba un letrero. Sin embargo, su aspecto era tan preocupante que nadie le habría llamado la atención por haberlo hecho. Respiraba con

dificultad. La emoción lo embargaba, estar en la última cama del maestro, decía, era una vibración fuerte que contrastaba con el sentimiento melancólico que Justino sentía en esos momentos, quien, no obstante su aparente calma, arrastraba fuertes conflictos personales que lo habían llevado a fantasear románticamente con la posibilidad de suicidarse, ahí en el Tropezón, por qué no, donde lo había hecho su querido escritor. Hasta había traído una buena cantidad de somníferos... Volvió a oír a lo lejos el chillido agudo del pájaro azul.

Fue entonces cuando Paco se levantó abruptamente de la cama, como si le faltara el aire, dio dos pasos hacia Justino, parado cerca de la puerta, se llevó la mano al pecho y cayó al suelo, exhalando una larga aaaaahh... que se arrastraba de su entraña a la boca, como un gusano vencedor. Ahí mismo, ante los ojos atónitos de Justino, quedó fulminado, con una rara mueca en su cara cachetona, los ojos bien abiertos, con su cabellera alborotada: su corazón no había aguantado más. Justino, asustado, sacó de su bolsillo la antigua cabeza de jaguar y la frotó nerviosamente entre su índice y su pulgar derechos, como si fuera un rosario o una reliquia milagrosa. Ahora fue él quien se sentó en la cama de Lugones, al tiempo que gotas de sudor corrían por sus sienes. A sus pies, el gordo lugoniano lucía más rojo que nunca.



Odilon Redon, Underwater vision

Sobre el autor

José Ricardo Chaves [Pacheco]. Licenciado en Lengua y Literaturas Modernas: Francesas con Maestría y Doctorado en Literatura Comparada por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor e investigador del Sistema Nacional de Investigadores (nivel I) en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus principales líneas de investigación son: el estudio del romanticismo y del ocultismo del siglo xix y a la literatura fantástica de esa época en Europa y América. Obtuvo el Premio Joven Creación de la Editorial Costa Rica en 1983 con el libro de cuento *La mujer oculta*. También ha desarrollado una trayectoria narrativa desde 1984 año en que dio a conocer su primer libro de relatos. En novela ha publicado la trilogía: *Los susurros de Perseo* (1994), *Paisaje con tumbas pintadas en rosa* (1999) y *Faustófeles* (2009) que le valió el Premio de la Academia Costarricense de la Lengua.

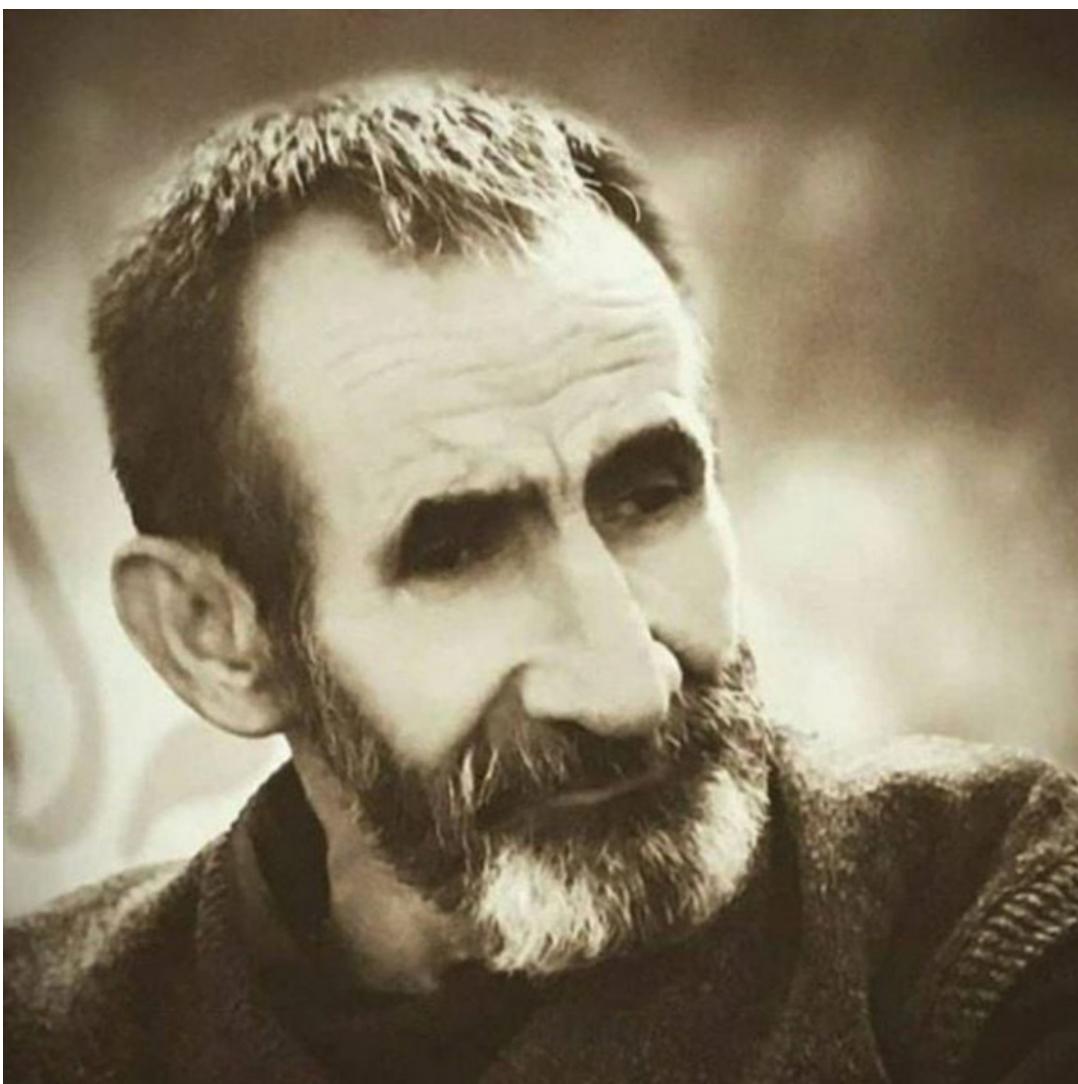
Poesía



Poesía kurda: 5 poemas de Jalal Malaksha

Jalal Malaksha | جهال ملاکشا

Traducción del kurdo por Jiyar Homer e Isabel López



Jalal Malaksha جالال ملاکشا fue un poeta, cuentista, periodista, crítico, activista y traductor kurdo. Es una de las voces más prominentes e influyentes del movimiento modernista de la poesía kurda en el este de Kurdistán, después de Ali Hassani (Hawar), Swara Iljanizada y Fatih Sheijoleslami (Chawa). Nació en 1952 en Malakshan, un pueblo cerca de Sanandaj. Debido a la situación en Irán y la prohibición de la educación de su lengua materna, tuvo que estudiar en persa como todos los niños kurdos. Recibió un diploma en literatura persa mas no pudo continuar sus estudios debido a sus actividades políticas y su encarcelamiento.

Empezó a escribir poesía en persa y sus primeros poemas se publicaron en 1966. En 1969, a sus diecisiete años de edad, durante el período de la monarquía iraní, fue interrogado y torturado por escribir poesía. En la cárcel, comenzó a escribir cuentos y enviarlos a revistas. Logró que algunos amigos pudieran mandar sus escritos al exterior para ser publicados, pero otros cayeron en manos de los guardias de seguridad, y los quemaron frente a los ojos de Malaksha. El encarcelamiento tuvo gran impacto en su poesía. Malaksha pasó más de doce años en prisión durante su vida, y además, tuvo que vivir clandestinamente en Irán varias veces.

Durante la Revolución iraní en 1978, comenzó a escribir en su idioma materno y en pocos años alcanzó la fama como un talentoso poeta y escritor kurdo. La mayoría de los poemas de Malaksha, ya sea en episodios o en general, tienen sus raíces en la mitología. Tras 38 años de trayectoria, a duras penas y en secreto en 2004, Malaksha publicó su primer poemario. Fue bien recibido y salió una segunda edición en menos de una semana. Muestras de su poesía han sido traducidas al inglés, francés, ruso, árabe, sueco, persa y ahora, por primera vez, al español.

Malaksha tradujo una serie de poemas y relatos kurdos al persa, incluyendo las obras de Sherko Bekas, Abdulla Pashev, Latif Halmat, entre otros, que aparecieron en publicaciones de renombre en aquel momento.

Malaksha pasó los últimos años de su vida en aislamiento. El gobierno iraní prohibió sus actividades literarias; no podía publicar sus obras debido a la censura y ni siquiera se le permitía participar en conferencias y encuentros artísticos. Malaksha murió de un infarto la noche del 31 de octubre del 2020. Cientos de personas cargaron su cuerpo, adornado con consignas revolucionarias y el himno de Kurdistán “Oh rival”, hasta el cementerio de Malakshan, donde descansa en paz con sus antepasados.

Sin país

Hace cuarenta años que
puse mi cadáver en mis hombros
voy deambulando y derramando
lágrimas
cruzando el largo camino de la vida
¡no encuentro un puño de tierra
dónde enterrar
este cuerpo adolorido!

1986

بی‌ولات

چل ساله من
تمرمی خومم له کوئل ناوه
دھیگیرم و نهشک ئەمېزىم
رېگەمی دوورى تەممەن ئەپىرم
بىتى خاکم دەست ناکەمەن
ئەم جەستە پىر له ئازارەن
تىا بىتىزىم!

La poesía

Cuando visita un poema
el corazón acelerado, lo confiesa.
la policía huele los versos
si tienen un aroma de libertad
seguidamente
cuelgan de la soga de la ley

1986

شیعر

شیعر کە ھات
دلىش ئىتر
ئۇقۇرە ناگىرى، ئەيدىركىتىنى
پۆلىس بۇنى پېۋە دەكە
بۇنى ئازادى لېۋە بى
ھەر دەستبەھى
بە تەنافى شۇرى قانۇون
ئەخىنگىتىنى

El reclamo

گله‌بی

Mis poemas
se convirtieron en flores y
las chicas de esta ciudad
los regalan a sus amores
ramo por ramo
pero nunca ha llegado una
muchacha
que diga:
“¡Jalal, por qué estás tan triste?”

شیعر هکانم
بوون به گوں و
کەنیشکەکانى ئەم شارە
چېپک چېپک
کردىان بە ھەدیەی دلدارى
بەلام ھەرگىز كچى نەھات
بلىن جەلال:
ئەی خۆت بۆ ھیندە خەمبارى؟!

1988

Deseo

بریا

Deseo ser como una mariposa
mi boca sobre la boca de una flor
roja
¡morirme
embriagado por el néctar del amor!
que una muchacha bella y amable
¡me prense
en las páginas de su diarios!

بریا من وەکوو پەپولە بایام
دەم لە ناو دەمی گولیکى سووردا
سەرمەست لە شىلەی ئەمۇين دەمرەم!
كىزۇلەمەكى شۆخ و نازەنин
لە نیو دەفتەری بېرەپەریدا
وېشکى دەکرەم!

Bagdad, 2000

Dos cuadros de la vida

دوو تابلوی ژیان

I

¡Estamos esperando!
pasamos todas nuestras vidas
esperando un suceso
los sucesos suceden y
¡seguimos esperando!
el nacimiento es un suceso
la muerte es otro suceso
¡la vida son los peligros que
transcurren
entre ambos sucesos!

چاوهروانین!
هممو کاتهکانی ژینمان
چاوهروانی رووداوینکن
رووداوهکان چروو دهمن و
ئیمه ههروا چاوهروانین!
لەدایکبۇون، رووداویکە
مردن رووداویکى دىكە
ژین مەترىسى تىوان ئەو دوو رووداوەيە!

۲

II

La vida es una cruz pesada
yo soy como Jesús
¡la arrastro
hacia el cerro de mi rebeldía!
O también la piedra gigantesca del
pecado
y yo como sísifo
la llevo desde el piedemonte de la
infancia
¡hasta la cima de la muerte!
Aún con mi pesadísima carga
llevo mil años
cruzando esta cuesta empinada
pero estoy en paz
porque finalmente
¡moriré en el Gólgota del amor!
1998

ژیان، خاچىكى گرانە
من، وەك عيسا
بەرەو گردى ياخىبۇونم
كىشى دەكەم!
يان گاشبەردى تاوانە
من وەك سىزىف
لە بنارى مەندالىيمەو
ھەتا لووتىكەي مەرگى دەبەم!
ھەرچەند بارم زۆر گرانە و
ھەزار سالە
ئەم ھەورا زە تۈوشە دەبىرم
بەلام شادم
كە سەرئەنچام
لە جولجوتى عىشقا دەمرم!



Odilon Redon, Thorns

Sobre los traductores

Jiyar Homer (رمزه راعي، Slemani, Kurdistán, 1996) es un traductor y editor kurdo, miembro del colectivo Kashkul, el Centro de Artes y Cultura de la Universidad Americana de Irak, Slemani (AUIS), y contribuye como editor de la revista literaria Îlyan. Habla kurdo, inglés, español, portugués, árabe y persa. Sus traducciones se han publicado en 22 países, en revistas como el Periódico de Poesía, Círculo de Poesía, Buenos Aires Poetry, Revista POESIA, World Literature Today, Literary Hub, Your Impossible Voice, entre otras. Ha traducido para varias revistas de Kurdistán a diversos autores latinoamericanos como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Roberto Bolaño, Juan Rulfo, Octavio Paz y Pablo Neruda. Entre sus obras en forma de libro se incluyen El Pozo de Juan Carlos Onetti (Kurdistán, 2022), Refugiado Número 33.333 (México, 2022) y The Potato Eaters (EE.UU, 2023) de Farhad Pirbal, La ciudad de vapor de Carlos Ruiz Zafón (Kurdistán, 2023) así como The Fortress and My Father's Dogs de Sherzad Hassan. También es miembro del Kurdish PEN.

Isabel López (زیپرل لئیباسی، Caracas, Venezuela, 2000) es una poeta, traductora, editora y estudiante de Economía y Relaciones Internacionales venezolana, que debido a la debilitante crisis en su país, emigró a los Estados Unidos en busca de nuevas fronteras. Además de abogar por los derechos de las mujeres y la democracia en América Latina, trabaja como editora en Memphis Cartonera traduciendo textos de todo tipo y dirigiendo workshops con el fin de democratizar la literatura, preservar la herencia cultural a través del lenguaje y contagiar a los demás de su amor por las palabras. Sus proyectos actuales incluyen la elaboración de un volumen colaborativo de Crónicas de Covid-19 y la edición de un volumen especial de poesía internacional de poetas jóvenes. Isabel es una de las primeras traductoras latinoamericanas que ha traducido literatura kurda al español. Sus traducciones junto con Jiyar Homer han sido publicadas en revistas como Círculo de Poesía, Lit Hub, Árbol Invertido, Santa Rabia Poetry, Literariedad, Álastor, Cardenal y Small Blue Library.

Palabra

Ana Guacimara Hernández Martín

La Palabra

*Se dice que la palabra está muerta
cuando se pronuncia,
yo digo que comienza a vivir ese día.*
EMILY DICKINSON

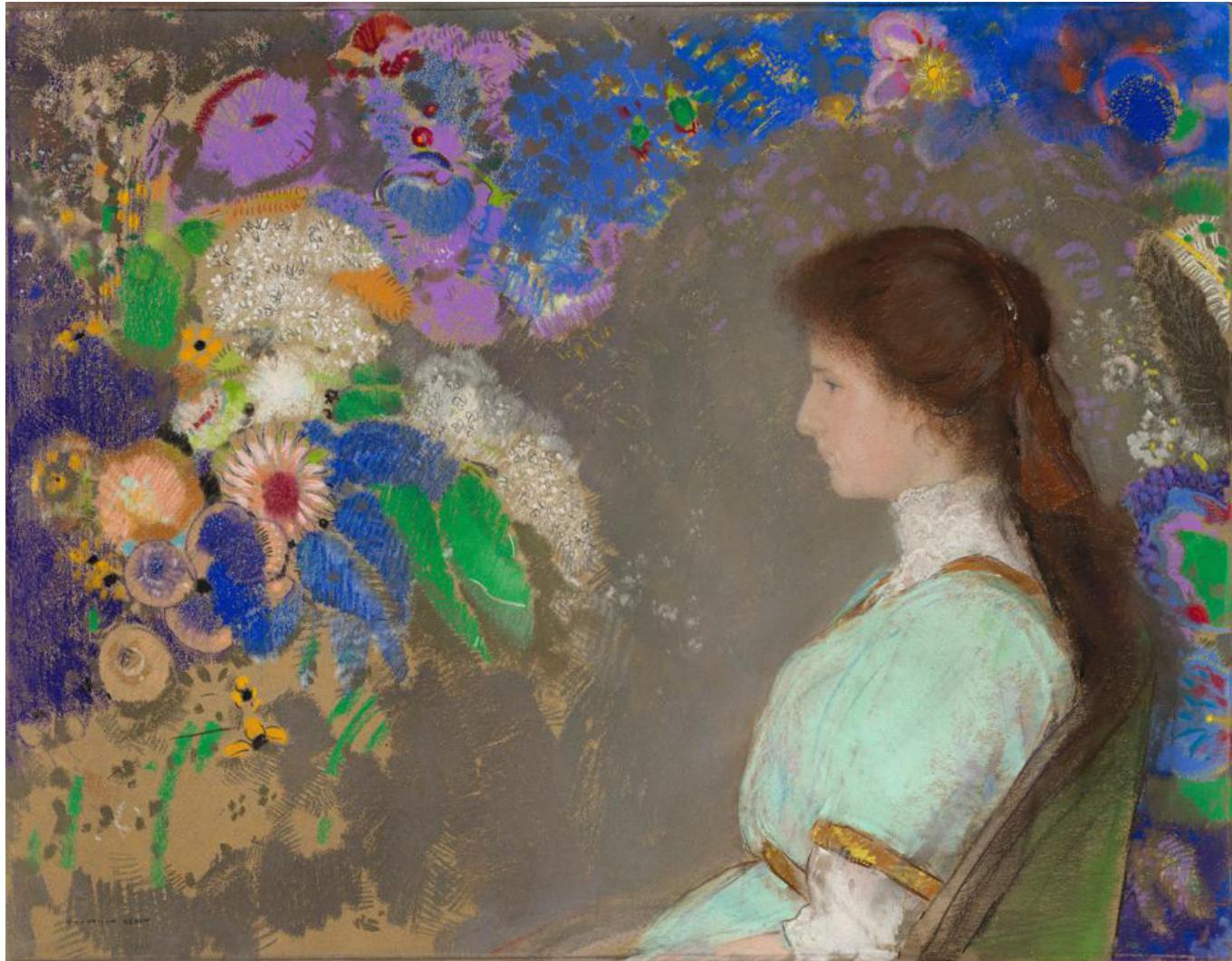
Dar la palabra al cuerpo,
desmembrarla en la saliva,
darla abierta,
enajenándose en la sangre,
enajenándose en las tripas.
Darla natural,
como si llegase a nuestro cuerpo,
Madre, y de ella,
se abriera la palabra:
nuestra vida.

En la Pared Opuesta

En la pared opuesta paso el tiempo
SYLVIA PLATH

Hoy el viento azota con fuerza.
Nostalgia o no,
una termina acostumbrándose a
lidiar
con los altibajos del clima donde
vive,
acompañándome la pared opuesta
y algunos poemas de Silvia Plath,
como si el espacio - tiempo
nos concediera un rato juntas,

mientras las ventanas se desquician
ante la violencia que impera
al otro lado del cristal.



Odilon Redon, Portrait of Violette Heymann

Sobre la autora

Ana Guacimara Hernández Martín (Tenerife, Islas Canarias, España, 1984) ha publicado cuatro libros: *Desdibujando el cielo* (2010), *Quimera de medianoche* (2012), *Congo Square, el perfume de Nueva Orleans* (2016) y *La vida o nada* (2021). Ha sido seleccionada en diez antologías y tiene diferentes reconocimientos a su labor como escritora de poesía y de relato.

La Cuestión Homérica

Édgar Trevizo

La Cuestión Homérica
debate la existencia de quien,
de haber existido,
cantó desde las tinieblas
para iluminar el mundo.
La verdadera cuestión,
no obstante,
es que menos dudosas
nos parecen
la soberbia de
Agamenón, la fuerza de
Ayante, el terror que infundía
en los héroes
el grito de Héctor, el cuerpo
inmaculado de Briseida.
Nadie escribió la Ilíada, Nadie
la Odisea, Nadie rechazó
el blando tálamo de Circe.
Y sin embargo,

tuvo que existir Homero.
Tuvo que cantar en Argos,
Esmirna y Colofón, morir
en Íos.
Tuvo que haber quien cantara
la ira del aqueo,
la carrera final al pie de
las murallas,
para que
al ver tu cuerpo lleno de sombra,
tendido, lejano y melancólico
sobre la encrespada superficie
de las sábanas,
pudiera nombrar talón, tendón
de Aquiles, a esa breve y tensa
superficie desde la que
iniciaba mi boca,
cada vez,
el inmenso viaje

de su propio canto.
Tendida sobre esa cama,
tan cercana,
eras
más inverosímil aún
que el bardo griego.
Y si había entonces
una certeza
en el mundo,
era la de ser ese mínimo cuarto,
esa habitación estrecha,
el centro indiscutible
del universo,
el inicio y el final del tiempo.
Vuelta de espaldas,
tendida como un héroe
bajo el peso del sueño y
de los juveniles miembros,
con el rostro
hundido en la sonrisa,
los muslos oscuros
y ligeramente abiertos
al asombro, a la lengua
y a los labios,
parecías demostrar,
de una vez por todas,
que la verdadera cuestión
es esta
de no saber,
—de no importarme,
si es real o inventado
este recuerdo—,
si te hace estar de nuevo,
súbitamente
cercana e inverosímil,
alumbrando con tu canto
al mundo.



Odilon Redon, The birth of venus

(C) ArtsDot.com - Odilon Redon

Sobre el autor

Édgar Trevizo es poeta, traductor, editor y promotor de la lectura de poesía. Es autor de tres poemarios, el más reciente de ellos, “La vida espiritual de las hormigas”, publicado en 2021. Como traductor y compilador, cuenta con ocho títulos de su autoría. En el presente coordina el proyecto editorial independiente mexicano Medusa Editores.

Sol de polen

Katherine Navarro

*"I am half sick of shadows," said
The Laidy of Shallot
-Alfred Lord Tennyson*

Quizá siempre fue cuestión de dejar,
de marchitar el pedestal,
mi yo de lirios blancos.
Porque así, cariño,
es como han sangrado mis dedos
al tirar y tirar del estambre
para encubrir con aves y flores
los deseos descifrables;
como lo han hecho las
que esperan.
Aún así me resigné
a contar cada solsticio con sus soles,
a memorizar los ciclos de las
sombras,

que siento irse así como llegan
divagantes desde afuera,
y me dejan como quisiera hacerlo
yo:
sin más,
con la libertad del pecado
sin la carga de no
pecar.
Pero ahora implota el claustro por
lo que no di:
porque si te cuide
fue porque quise,
porque si protegí lo tuyo
fue porque quise;
las opciones no las tuve, pero las
conocí ahí
y el potencial fue todo mío.
Y como el polen, me hice más
pequeña,

un concentrado de lo que soy
de lo que aprendí a ser
con vos

sin vos;
una partícula sobre el agua
que lo da todo porque quiere.



Odilon Redon, Melancholy

Sobre la autora

Katherine Navarro González nació en Cartago, Costa Rica en 1997. Graduada en Filología Clásica de la Universidad de Costa Rica. Escribe poesía breve y cotidiana, inspirada en la observación del detalle y la introspección. Ha publicado en el fanzine de Otro taller literario en 2020 y forma parte de la antología panhispánica de poetas jóvenes del siglo XXI Todos los dioses publicada en 2022.

Kuskatan

Roberto Aguilar

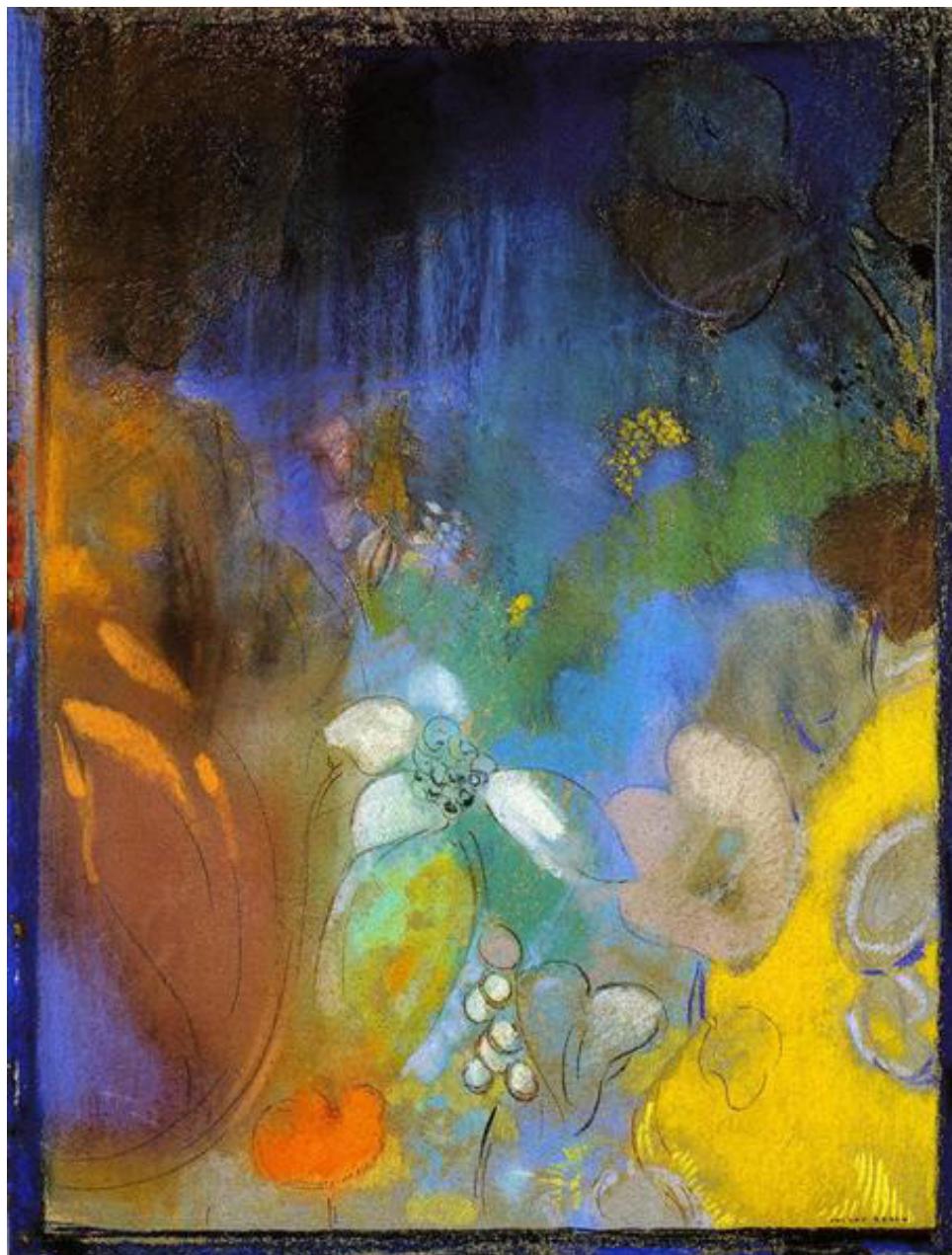
Sobre el volcán,
Esparce el rocío,
Celeste Tlalok.

Resplandeciente,
A través de las hojas,
Pasa Tonatiw.

En una rama,
Elegante torogoz,
Sobre mí posa.

Del maquilishuat,
Bajo cinco pétalos,
Amor florece.

Odilon Redon, Woman in profile with flowers



Sobre el autor

Roberto Antonio Aguilar Hernández nació en 1994, en San Salvador, El Salvador. Escritor autodidacta, con textos publicados por Revista Brevilla, Revista Digital Cisne, E-Axolotl, Revista Primera Página y R-A Editores. Seleccionado para la antología “Letras 2022” (La Oca Loca). Autor del libro de cuentos “Pétalos de Izote” (R-A Editores). Finalista en el 12º Certamen “Picapedreros” de Poesía, Microrrelato y Guión (España).

Marabunta

Zuani Cristóbal Petronilo (Mayahuel Xuany)

Una marabunta cruzó el río
no todas lograron evadir la orilla del
silencio.

Papá me carga sobre sus hombros
susurra y dice
que soy la niña de sus ojos;
su “Talismán”.

Sé que papá lloró al abrazar a la
abuela
al despedirse de su milpa y su
tecorral.

Papá habla con tanta alevosía del
“progreso”
dice que llegando allá
tendremos la vida que siempre
soñamos
lo dice en plural
para que me crea el cuento.

El viento malo se llevó su rostro
robó su aliento
y se tragó su corazón.
Siempre que tengo ganas de llorar
Me aferro a papá
Y es que...
Hay algo que siempre me recuerda:
Por más violenta que sea la marea
nunca
me sueltes.

Me da miedo olvidar a mi abue
no volver a jugar en el columpio de
madera
ni arrastrarme a gatas para asustar
a los guajolotes.

¿Cuándo volveremos?

Papá evade la pregunta
Me anima a avanzar
-Apúrate- me dice.
Sus ojos
dos coyoles amarillos.

Bajo el brote del desierto
nuestras pieles-jaguar
se pintan con ceniza
de los nuestros
de los otros
de los que perdieron el nombre.

Odilon Redon, Evocation of Rousell

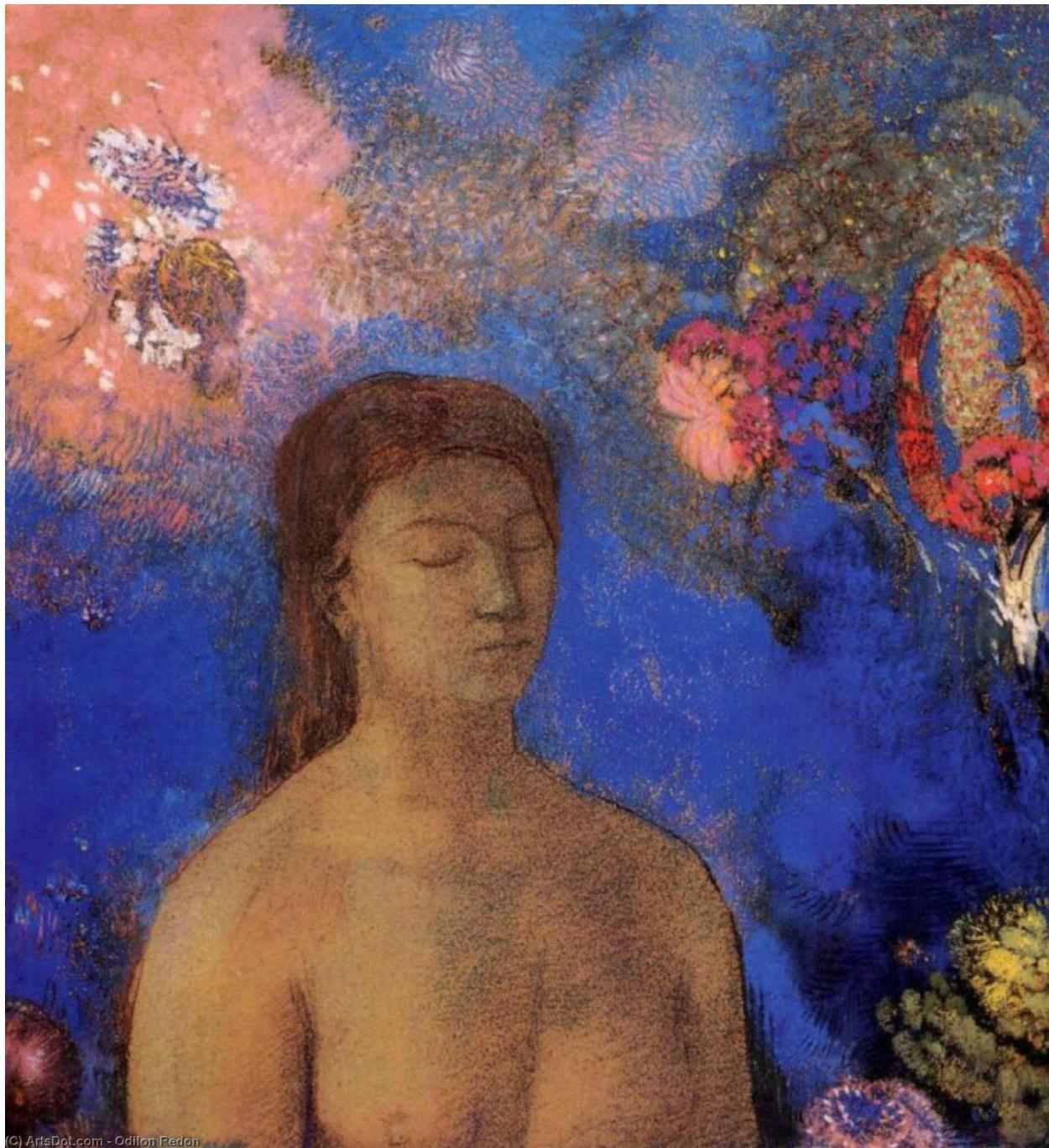


Sobre la autora

Zuani Cristóbal Petronilo (Mayahuel Xuany). Mujer nahua, originaria de Copalillo, Gro. Amante de los libros y el mezcal. Mediadora de lectura, tallerista, escritora y docente. Sus pasos se han encaminado al acompañamiento de la niñez y las mujeres. Creadora del primer Club de lectura en lenguas originarias “In uitsyotl Mayauetl / Las espinas de Mayahuel” enfocado en revisar la literatura contemporánea escrita en las distintas lenguas de México. Creadora del primer ABECEDARIO de poetas en lenguas originarias.

Hmu'ye 'ne ya tutubixi

Rosa Maqueda Vicente



Odilon Redon, Closed eyes

Hmu'ye 'ne ya tutubixi

Nun'a 'Batha ma dä p'anthä
bi ena ya jä'i mäya'bū
Ma da ndōni
ya ts'ints'ū tutubixi ma da honi ya
'ye
ma da strá hñats'i denda ra njuäni
pa da ma ra ngähä
'mēfa ma da mäxōts'e ya bo
'mēfa denda mbōxhyadi pa ra
mähuifi
nu'ū da tini ra zi 'bahi
ge hinto ma da handi
ma da gat'i ha ra mbōxhyadi, 'mēfa
ha ra mä'kangi
mēfa ma da pengi ha ra mbōxhyadi
ha ra xá xudi ra 'uada
ha ra zi ma'ye
ma da nk'athū, ra zi te
ge su n'e pēts'i
ra zi ndōni 'batha.

Hmu'ye 'ne ya tutubixi

Este Valle, dormitará por un tiempo
dijeron los antiguos.
Volverá a florecer
los pájaros tutubixis irán en busca
de la lluvia
volarán de derecha a izquierda
posarán entre quiotes
partiendo del este hacia el norte
hallarán la palma izonte
que nadie más contemplará
girarán al sur
retornando al oeste
a la sombra del maguey
en roca ahuecada,
encontrarán, la vasija
que resguarda
el campo florido.

Zi Zänä

Dätso,
ra zí dänga tso
ya ts'ints'u bí käi, ya tsimxi
ra 'bongui bí käi ha ra t'oho
bí yopi ra zí te ha ra yuhyadi
otho ya njohni, ha ra mahets'í bí ja
ya te
zuni ya kuixi, ra k'u, ya doni, ra
hmuthä
hñäto 'banjua, ra tumu bí ko'tí yá
hwa
ya antiwa thuhu ha ra zí Zänä, ya
'yeza
bí ndäpotho,
K'eñädehe,
ra zí do bí thuhu, xudi ha xudi
ya nsunda jä'i bí pobo ra ndähi,
ho'ti ra hai:
Nsunda ha ya Zabi né ya Juts'i,
Nsunda Pothe, ra Däthe, né ra zí
Dox'u
mí hñäts'i ra gätu, ha ya zahwa
'randi ringa'ti
ra hwähi, ra te ha ra Ximhai
ra dängo ya doni ha ra zi wädri
ra te né ra ntho'mäte bí to'mi:
Xithi 13

Madre Luna

Dätso¹,
Lucero del Atardecer
descienden pájaros, caracoles
la neblina comienza a descender
renovación de vida por el poniente
invade el silencio, fragancias de cielo
cascabeles, chía, flores, mazorca de
maíz
hñäto 'banjua² , mariposa detiene su
aleteo
cantos antiguos en giros de Luna,
ramas
entrelazadas en espiral,
K'eñädehe³,
roca ígnea canta, sombra en sombra
seres sagrados humedecen el aire,
acarician la tierra:
Señora de los Jagüeyes y de los
Pozos,
Señora del Manantial, del Río, y de
la Sal
tierra sembrada, fertilidad en la
Tierra
la fiesta de flores
la vida y su espera:
Xithi 13⁴

1 Venus / estrella del amanecer / estrella del atardecer

2 Ocho conejo

3 Serpiente de agua

4 Carrizo 13 / calendario ciclo agrícola hñähñu

Sobre la autora

Rosa Maqueda Vicente (Ixmiquilpan, Hidalgo). Cofundadora del Proyecto Cultural Ya mfeni. Finalista del Certamen Internacional 500 años de México Tenochtitlan (2021) convocado por las Editoriales: Vozabisal, Cisnegro y El Ala de la Iguana, Segundo lugar Premio Nacional al Estudiante Universitario en la categoría Poesía José Emilio Pacheco otorgado por la Universidad Veracruzana, obtuvo el Premio “Ra noya ma ya ‘bu doni” / “La Palabra Antigua Florece” “Francisco Luna Tavera”, entre otros reconocimientos. Ha publicado poesía, ensayo, narrativa y artículos de difusión cultural. Parte de su obra ha sido traducida al holandés e inglés.

Desde la costilla

Olga Levadnaya

Traducido por Richard McCain

De ahora en adelante vivir en uno
mismo
donde la mayor recompensa es Dios
y la Fe.
Y cada momento en la tierra
asemejarse a la palabra divina.

Donde todo está unido, todo está
solo en mí
y yo sola soy la preservadora del
Mundo.
Pero yo vengo de la costilla,
de la esencia de la madre y
del universo.

* * *

sueño encontrar
un arroyo en el camino,

donde nuestro éxito
moje
y un techo por la noche,
donde la felicidad viva
y un jardín donde
el dinero crezca.
y si aún más
tengo fortuna,
entonces del canto
de los pájaros,
tendré un bote.

* * *

la entretejida hiedra
en las ramitas estrechas
del manzano de los deseos.

Los ojos verdes del gato.
penetraron la oscuridad,

colmada de cantos de pájaros.

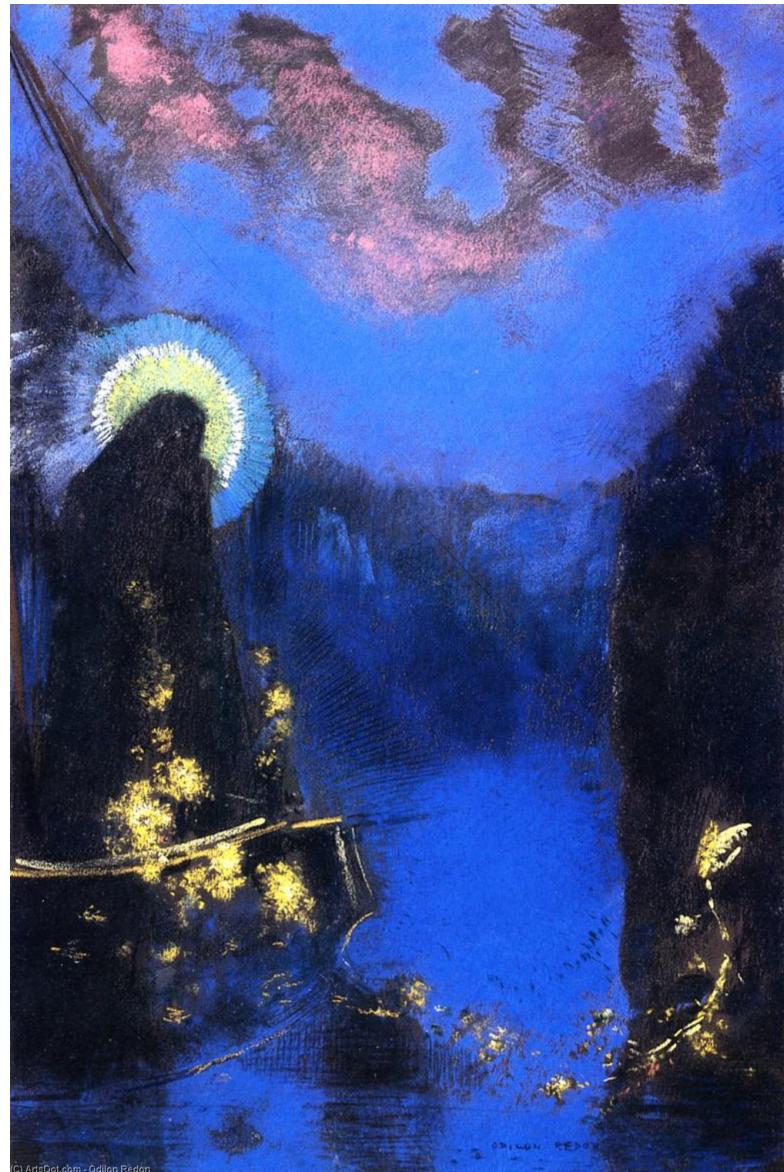
La primera semilla no había
aparecido y tengo miedo de que
no pueda recoger la cosecha de
manzanas del paraíso.

no me apresuro,
más allá está lo desconocido

* * *

Sobre la corona del manzano de la
tristeza
un arcoíris apareció
después de la lluvia.
La corteza caída del árbol
se unió a sus arrugas.
Las ramitas fluían
para encontrar
el sol de mediodía
y un collar sonoro de pájaros
se agitó en cada soplido del viento.
Su polifonía
sería escuchada
desde más allá del horizonte
de mis deseos.
Humo
resbaló
del jardín vecino.

Adán y Eva
inundaron la casa de baños.



Odilon Redon, The boat, a.k.a. Virgin with corona

From the rib

From now on to live in oneself
where the highest reward is God
and Faith.
And every moment on earth
to equate with the divine word.
Where all is united, all is in me
alone
and I alone am the preserver of the
World.
But I am just from the rib,
from the mother's essence and the
universe.

* * *

I dream to find
a stream on the road,
where our success
splashes
and a roof for the night,
where happiness lives
and a garden where
money grows.
And if even more
I get a lucky break,
then I'll have a rowboat
of bird song.

* * *

The ivy twined
in the slender twigs

of the apple tree of desires.

The green eyes of the cat
penetrated the dark,
filled with bird songs.

The first seed had not
appeared and I am already afraid
that I
won't gather the harvest of apples of
paradise.
I don't hurry away,
ahead is the unknown.

* * *

Over the crown of the apple tree of
sadness
a rainbow appeared
after the rain.
The flabby bark of the tree
gathered in its wrinkles.
The twigs streamed
to meet the midday
sun,
and a ringing necklace of birds
shuddered
at every blowing of the wind.
Their polyphony
would be heard
from over the horizon
of my desires.
Smoke
drifted
from the neighbouring garden.

Adam and Eve
flooded the bath house.

Este poema pertenece a la antología 56
Altares, filos y Espejos (Testigo Ediciones,
Guatemala). Se agradece a las compiladoras
María Magdalena Herrera y Sandra Álvarez
por realizar las gestiones necesarias para
compartir este texto en Revista Virtual
Quimera.

Sobre la autora

Poeta rusa reconocida en el mundo, recibió los títulos de Trabajadora de Honor de la Cultura de la República de Tatarstán en 2008 y laureada con el premio estatal que lleva el nombre de Gavriil Derzhavin en 2007, obtuvo el premio estatal con el nombre de Sajida Suleymanova en 2015. Fue nominada para el “Premio Internacional de la Paz”. Olga es miembro de la Unión de Escritores de la República de Tartaristán, la Unión de Escritores de la Federación Rusa y la Unión Internacional de Escritores. Es la directora de arte del teatro poético “Diálogo” de Kazán.

Olga Levadnaya ha escrito los libros *Mi vida está esperando la nieve* (1992), *Pasando el círculo encantado* (1998), *Cayendo libre* (2003), *Cerca de nuestro pasado* (2003), *Subiendo la escalera de pensamientos* (2005), *Desde el grito de los pájaros crecen los recuerdos* (2005), *Puerta estelar* (2010), *Viento del corazón* (2014). En 2020, publicó el libro *Obras vocales* sobre poemas de Olga Levadnaya.

La casa y otros poemas

Lara Solórzano

La casa

La fisionomía de la casa cambia cuando te vas al trabajo. Las camas son más espaciosas, las cortinas se ven como cuando estaban nuevas. El semblante de la casa cambia cuando te vas al trabajo, y es asombroso, cuando doblás en aquella esquina, las ventanas te siguen para asegurarse que no te vas a devolver, que no olvidaste los cigarrillos o aquel reloj con brújula que tanto te gustaba porque te lo dio el abuelo de Gustavo Guerra.

Regreso a lo esencial, la casa se alegra, el viento se mete con sus aves y sus fragancias, que tal vez tengan de Bután o Nueva Delhi, la comida se hace sola y la radio toca sólo mis canciones favoritas. Los amantes

aparecen y desaparecen como espectros, como tíos que se van por mucho tiempo y luego aparecen de la nada y te piden un café, pasan la tarde y se vuelven a ir. Yo vivo aquí y vivo mucho, no lo sabés.

La casa demuda su rostro de reuma, cerrás la puerta, pasás el portón, guardás las llaves, flores salen de los retretes y me suelto el cabello y me paso sombras brillantes en los párpados y el quemador arde y las piernas se depilan solas y las hormigas desfilan felices llevando de aquí para allá las migas de pan polaco muy bueno que vos no has probado y las plagas de la cañería no existen. Vos no existís.

Yo vivo aquí y vivo mucho, no lo sabés.

Con todo, a las siete, reumática la casa
comienza a sonar dolorosa sus bisagras. Te
vislumbra desde que desdoblás la esquina
y yo muero aquí y muero mucho, la cena
está fría y no lo sabés.

**Poema teológico sobre lo eterno
implícito en la pintura anónima de
Gabrielle d'Estrées y su hermana en el
baño**

Diosas mutuas,
claraboyas y velas de cierto color en el
andén.
De fondo el collado verdea y se extiende,
Hamartia no existe.
Sólo ellas diosas mutuas y la hora que
viene,
y la ninfa que les ha puesto un pámpano
en la boca,
y el raudal de aguas perennes.
Ni todos los inviernos de todas las eras,
ni la bravía de Vulcano podrá alcanzarles
nunca,
porque sólo existirán ellas,
diosas mutuas;
con sus fértiles acrópolis,
y el follaje de sus rojas cabelleras,
el brío de su desnudez,
y en sus robustos pechos una umbrosa
majada
[de diminutos carneros corriendo hacia lo
eterno.

Erzulí

Si una adepta al vudú toma en sus dedos
una liga de caucho azul encontrada en
medio de la sábana, ésta adquiere voz.
Entonces, canta, vocifera en nombre de
Erzulí.

Y luego según se le ocurra a la adepta,
transforma a la pequeña de caucho y hace
con ella un polígono o un cuadrilátero. La
silueta de un equino, de un paquidermo o
de una liebre si se le antoja.

Forma de furia.

Forma de beso.

Sólidos platónicos y otros caprichos.

La empapa en su menstruación y la riega
con el esperma nacido del éxtasis de una
plegaria. Le da forma al homo, le provoca
una erección, lo integra a la mulier
sapiens, y éste es incapaz de olvidarla.

La adepta al vudú, revienta la liga y con un
nudo crea anzuelos que bajan en funicular
hacia su presa encarnando toda forma
expuesta en el libro sagrado de las formas.
La divide en octantes y urde pequeñas
criaturas que se alimentan de lava.

La adepta, secuaz de todas las

transformaciones, la trae de nuevo a su forma original de liga de caucho azul.

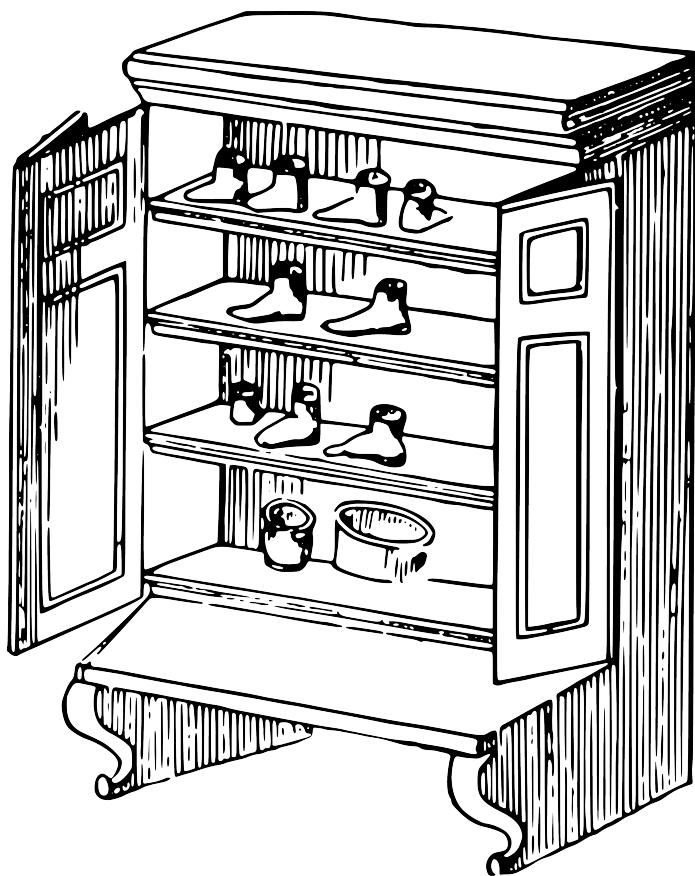


Odilon Redon, Silence

Sobre la autora

Lara Solórzano Damasceno es una poeta brasileña-costarricense, docente en la Escuela de Lenguas Modernas de la Universidad de Costa Rica, traductora e intérprete políglota. Forma parte del Taller Literario Don Chico desde el 2000 fundado por el escritor costarricense Francisco Zuñiga Días y del Círculo de Lectura de Lingüística Feminista y Glotopolítica desde junio de 2020, fue parte del Taller Literario Representativo de la Universidad Nacional (2009-2010) así como del Poetry Taster y Writing for Film Scripts del Leicester AE College en el Reino Unido (2006). Ha dado charlas sobre diversos temas relacionados a la enseñanza del portugués en congresos de lingüística tanto en la Universidad de Costa Rica, como en Princeton University. Entre las publicaciones se encuentran su antología poética de corte feminista *El Bestiario de las Falenas* (Editorial Nacimiento, 2019), crónicas de viaje en la revista neoyorquina *ViceVersa Magazine*, poemas y crónica literarias en la revista mexicana *De-lirio* y en la revista costarricense *Más Allá de la Cortina*, así como los libros educativos para escolares *English 1* y *English 2* con la Asociación Libros para Todos. Próximamente, traducciones al inglés de varios de sus poemas serán publicadas en la revista literaria *The Common* de Amherst, Massachusetts y ha sido incluida en la antología que saldrá como parte de la conmemoración del bicentenario *Ni miel ni hojuelas. Escribir desde la feminidad* de Editorial Costa Rica.

Ensayo



Bolsas que guardan bolsas

Laura Sofía Rivero

Casa: arquitectura de pintura blanca, impoluta; edificio vacío.

I

El largo proceso que la casa inicia para convertirse en hogar da comienzo con un colchón sobre el piso. Antes de él, las paredes viven una prehistoria de arañitas y ecos. La historia del hogar se calcula en a. C. y d. C.: antes y después del colchón. La caída de un matrimonial en un cuarto vacío dictamina el destino de lo que pronto será una recámara. Y con su retumbar de resortes aún macizos inaugura una era. Habitar es invadir. Desperdigar. Ser el amo del atiborramiento.

Una casa comienza vacía, comienza en soledad de licuadora y frigobar. Los electrodomésticos ausentes son inventados por el ingenio y por la tecnología del trabajo mecánico. La precariedad nos enseña a apachurrar, triturar, morder; a hacer de nuestras manos una herramienta a falta de las que funcionan con la corriente eléctrica. Una casa en construcción es remembranza de la era del quinqué, está despojada de comodidades. En un principio se habita un espacio tan blanco que sólo recuerda a la nada y las paredes desnudas traslucen su piel friolenta. La sala de esa casa no tiene sillones acolchonados sino muebles de jardín, y el comedor no es sino tres sillas metálicas cuyo respaldo dice Cerveza Corona. Un aprendizaje se extrae de la casa en construcción: mesas, libreros,

bancos, todo mueble puede ser reemplazado por una caja de cartón robusto.

De pronto, con el correr de los días, muebles y accesorios llegan. Aparecen poco a poco salpicados por el azar: una silla de madera, una cortina de baño. Y luego del centro de entretenimiento y las alacenas, la casa comienza a poblar de decoraciones: un colguije para las llaves, un cuadro sobre la pared, una artesanía poblana. A diferencia de la casa, un hogar se abarrotá. Se construye a partir de la mugre y la acumulación; las dos son maneras de apropiarse de esos muros que por su asepsia se revelaban sin dueño. ¿A poco el hogar no es, chist, donde se hace la lumbre? Exige hollín y ceniza. Necesita de esos pequeños vestigios testigos del tiempo que se ha pasado entre sus paredes. Existir es dejar polvo y regar cabello por donde se pasa. Es transformarse; mudar de piel y no notarlo.

Hay costumbres que sirven como indicadores de que una casa está en proceso de ser propia. El hogar no existe en la perfecta pulcritud: necesita manchas y pelusas. Se construye capa por capa, es un proceso de sedimentación de las costumbres. Nace cuando somos capaces de asegurar la identidad de los cabellos tirados en el piso y cuando sabemos que el polvo rasguñado por la escoba es nuestro cuerpo desmoronado en células muertas más pequeñitas que los granos de sal.

En la suciedad del hogar está

condensado el paso del tiempo. Son síntomas de esta apropiación la mancha amarillenta del lavabo o un cenicero sucio con costras de cigarros inscritos en el pretérito. Y en este proceso de conquista, el asentamiento humano hace que la basura cobre una nueva vida. Un envase de un litro de yogurt de fresa se convierte en contenedor de frijoles refritos, el vaso de vidrio se usa para beber agua tan pronto la veladora contenida se ha consumido por completo. El desperdicio es útil para formar el rostro de un hogar, casa donde el plástico renace y se almacena dulcemente en las bolsas que guardan bolsas, epítome de la resurrección del desecho.

Una bolsa de plástico que, a su vez, guarda bolsas de plástico no se adquiere o se compra: se construye. Se debe ser paciente para ver su gestación, como el feto que comienza a hincharse en las entrañas y sólo revela su forma en el ultrasonido. La vida de la bolsa que guarda bolsas es un espejo de la vida propia. Se nutre de ella, de las salidas al supermercado, de cada compra. En un punto de la historia del nacimiento del hogar se deberá seleccionar a aquella que se tragará a sus hermanas. Fatal destino.

Llegará un punto en el que el abarrotamiento de las paredes haga cumplir su ciclo a las cajas que servían de mesitas, a los huacales sustitutos de libreros. Pero en esa circularidad de los muebles, las bolsas de plástico se distinguen por su trascendencia:

jamás son reemplazadas, sino que se acumulan una tras otra y crecen de manera desmedida en este reciclaje al que nos obliga, no la conciencia ambientalista, sino la precariedad y la pobreza clasemediera.

II

En la fila de Walmart veo desfilar mis productos por la cinta mecánica. A la bolsa la vi nacer en cada caja registradora con el bellísimo ritmo de la producción en serie de una fábrica colosal. Su primer grito tiene el sonido de un trueno, de un chasquido. Dejan de ser láminas de poliuretano para convertirse en recipientes. Las bolsas nacen cuestionando los principios de la procreación. Los empacadores son padres donde la paradoja del tiempo se encarna: viejos y niños dadores de vida plástica. En cada cerillo del supermercado, la chispa de su vida se enciende. Con un soplo, la bolsa se abre a la existencia, se infla de una sola exhalación, lista para deglutar jitomates, latas de atún, jabón de manos.

Cada una se abrió y generosamente cedió su interior a las legumbres. Otra, a una caja de Choco Krispis. Unas más se llenaron de cartones de leche y fácilmente se olvidaron de sí mismas.

Toda bolsa nace para ser maternal resguardo, aunque algunas se rebelan al designio de su naturaleza y prefieren la muerte abrupta agujereando su fondo.

¿Existe algo más triste que una bolsa que nace deforme, mutilada, e incapaz de funcionar para su único propósito? Quizá por eso, debido a una trágica visión, hemos encontrado formas de hacer de la bolsa una materia prima que sirve para atornillar el vaso de la licuadora, para fungir como guante al recoger las heces caninas del paseo matinal, para cubrir el cabello como una gorra de baño.

Pero incluso en las bolsas existe la terrible jerarquía racial. Muchas las discriminan y las dividen dependiendo su alcance estético: las que sirven como envoltorios para regalo, las resistentes para transportar comida y ropa, las feas cuya deformidad sólo alcanza para ser cubierta del bote de basura. Hay quienes tiran las peores bolsas como si fueran tan sólo un desecho. Y en ese acto aparentemente insignificante, subyace un egoísmo fatal. Toda bolsa tirada a los basureros está condenada a ser un Sísifo del desperdicio: su levedad la hará rodar por el mundo, llegar a las alcantarillas, desagües, a los océanos y a las playas. Sin poder detenerse se sumará a otras tantas que corrieron igual suerte. Bolsas fantasmas que vuelan como globos deformes recordándonos nuestra fiebre mercantil. Uno de cada tres kilos de plástico producido mundialmente tan sólo es para envoltorios. Nuestras fábricas se dedican a procrear bolsas que guardan a otras: en el supermercado metemos

envoltorios dentro de más plástico cobertor. Y aunque quisieramos cambiarlo, parece no existir solución alguna, pues la eliminación de todos los recubrimientos nos obligaría a regresar al uso del papel. Cubrir la alta demanda de nuestro frenesí, acabaría de una vez por todas con los bosques.

El mundo es una bolsa que guarda bolsas. Mundo desecharable.

Contundente y resignado envoltorio.

III

Cebolla plástica, capa por capa te contienes a ti misma. ¿No te da miedo tragar a tus semejantes? Yo siento asco de sólo pensar en mis dientes masticando un cuerpo humano que podría ser el mío. Pero tú no tienes límites y en tu naturaleza está ser ese Saturno poliuretano que se traga a sus hijos sin sentir culpa alguna. Tu estómago no se sacia de viernes a domingo, su digestión es lenta y no se corta ni con el golpe de la hoz.

Como matrioshka tu cáscara de dinosaurio se duplica. Tu naturaleza es la de un cuento de Sherezade que se gesta en el supermercado y se narra en la casa. Por golpe del azar, tú fuiste elegida entre las otras para no ser devorada sino para devorar. Te diferenciaste entre el racimo inaudito de tus hermanas que se olvidaron de guardar tomates y manzanas, cajas de cereal y chiles enlatados. Bolsa madre, hija

del petróleo.

Tú y yo nos parecemos, aunque cueste admitirlo. Como tú, voy guardando en mis entrañas las tristezas más hondas. Las dejo ahí, húmedas, sin ponerlas a secar. Y no me importa recubrirlas con otras nuevas, hasta lograr tantas capas que se pierda el sentido. Lacan dijo que los traumas son como una cebolla. No hay que confiar en la superficie. Si te pones a excavar, encontrarás algo asqueroso.

Más que cebolla, creo que el hombre es como una bolsa que guarda bolsas. Eterno, sin reincorporarse a la tierra. Sin lograr pudrirse. El cuerpo ya es otro estado de la materia. Duele como la carne, pero parece plástico. ¿Qué monstruo amenaza desde el fondo y no nos permite escarbar?

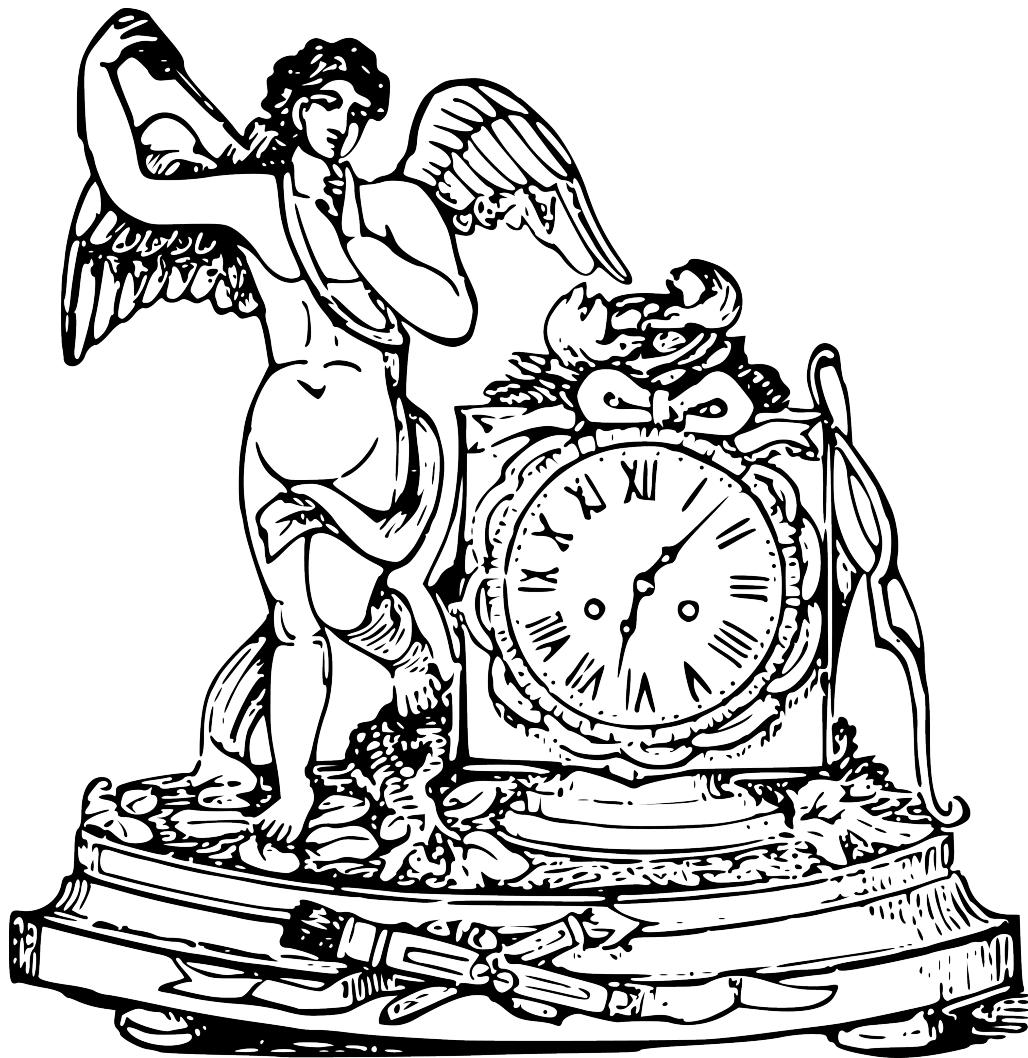


Odilon Redon, Is There Not an Invisible World?

Sobre la autora

Laura Sofía Rivero (Ciudad de México, 1993). Ensayista y docente. Ha sido beneficiaria de las becas de la Fundación para las Letras Mexicanas y el programa “Jóvenes creadores” del FONCA. Ha recibido diversas distinciones, una de las más recientes es el Premio Nacional de Ensayo Joven “José Luis Martínez” 2020.

Reseña



Contra el mundanal ruido

(Acerca de los Ensayos sobre el silencio de Marcela Labraña)

Leopoldo Orozco

*No digo: piedra, de la piedra.
Callo
para decir silencio
de la piedra:
su contenida lapidación.*

Luis Paniagua

Cómo decir silencio del silencio? Hasta para pedir silencio hace falta decirlo: romper el silencio para que se haga presente. De alguna manera, como a un antiguo dios egipcio, hace falta invocarlo, ya sea con la voz o con el gesto de colocar el dedo índice sobre los labios. De cierta forma, el silencio es un acto ritual: algo que se pide y se concerta, algo que se forma tácitamente entre

nosotros y los demás.

Marcela Labraña (Chile, 1971) hizo un libro con ese gesto: escribirlo y ofrecerlo fue como hacer, junto con el ademán del dedo y la boca, un juramento harpocrático. Este apasionante volumen de ensayos me convocó al silencio como yo pensé que sólo podía hacerlo una novela apasionante en mis años de adolescencia. Leí el grueso del libro en apenas un día y medio, embelesado, en un trance parecido al de los monjes trapistas durante su sagrada reclusión.

Los itinerarios intelectuales de Labraña son amplios y envidiables: en estas páginas se dan cita John Cage, tratados medievales, Tristram Shandy, Georges Perec, dioses de la antigüedad. Parece que ninguna época logra huir del ojo curioso y

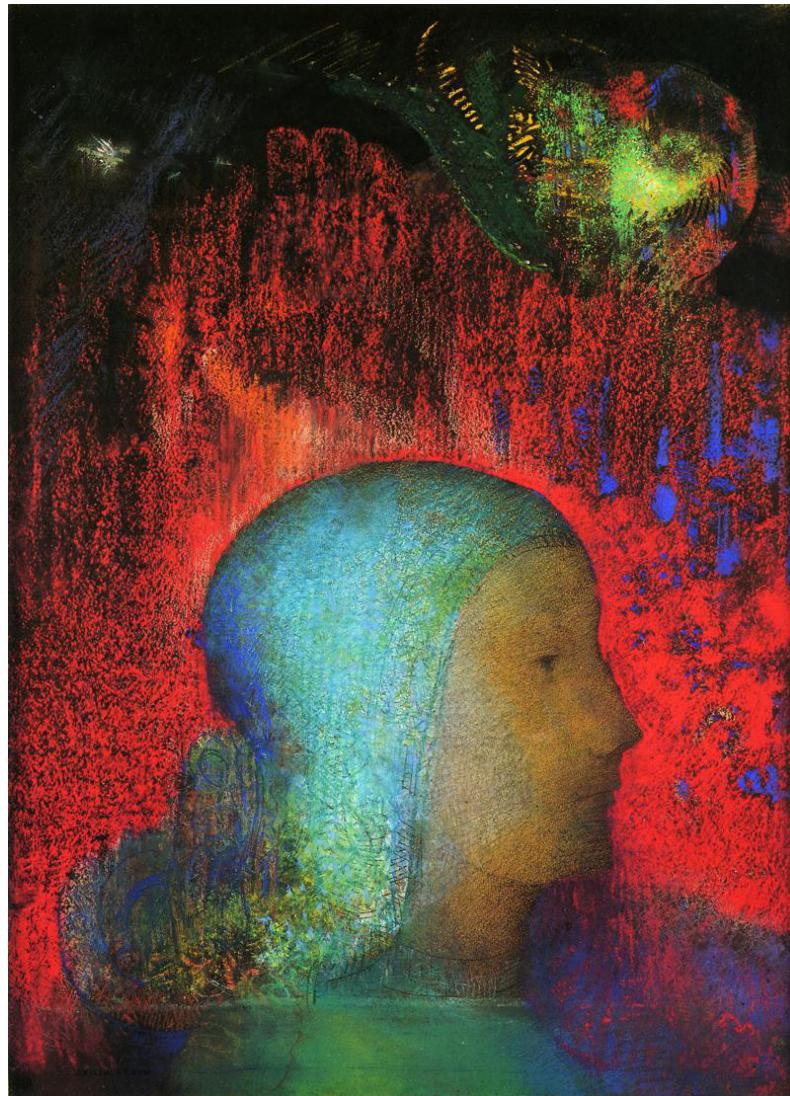
omnívoro de la ensayista, que no sólo logra notar —y rescatar— las correspondencias mudas entre obras artísticas muy disímiles, sino que también nos hace sentir parte de una tradición de acólitos del vacío. ¿De qué otra forma podría hacerse una biografía dinámica y legible del silencio, tan omnipresente y a la vez tan poco visible?

Labraña encontró, a través del ejemplo de todas estas fuentes —tan ilustrativas como variopintas—, la forma de narrar la vida del silencio sin nombrarlo: a través de la descripción detallada de los contornos que deja su paso, las huellas que circundan a cualquier vacío.

En estos tiempos tan llenos de ruido, estas páginas nos permiten darnos un momento para adentrarnos en un mutismo clarificador, reflexivo y necesario.

Leopoldo Orozco
Ensenada, Baja California
Noviembre de 2022

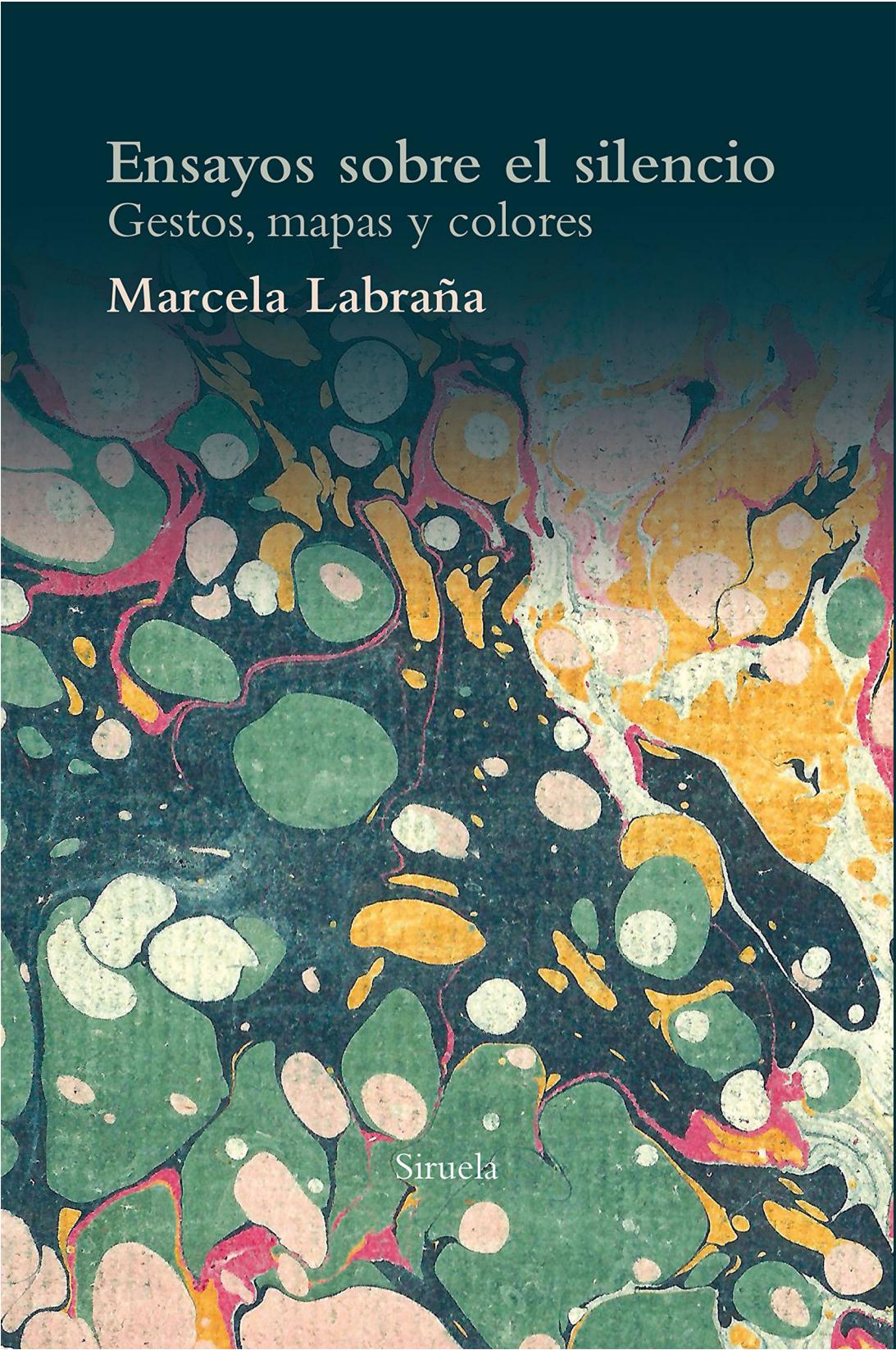
Ensayos sobre el silencio: gestos, mapas y colores, de Marcela Labraña. Madrid: Siruela, 2017. 312 pp.



Odilon Redon, Jeanne d'Arc

Ensayos sobre el silencio
Gestos, mapas y colores

Marcela Labraña



Siruela

Y al final el silencio

(Sobre el poemario Declaración de vida de Xochipilli Hernández)

Félix A. Cristiá

Una reseña a veces sirve de excusa para disfrazar una reacción. De esta forma presento un camino trazado a través de lo que narra Xochipilli Hernández en su poemario Declaración de vida (Reverberante, México), pues ¿qué acaso la aspiración de la poesía no es ser el mapa, como bien plantea la autora en las primeras líneas? Pues bien, tomo el mapa, para ver con qué nos encontramos. Se trata de un camino hacia el pasado, o mejor dicho, hacia un pasado indefinido que es, en efecto, una declaración, hecha desde el amor y los recuerdos, y por supuesto, desde la ausencia, tan presente entre las letras. En las primeras páginas Xochipilli invita a la noche, a la soledad y la ensoñación, quienes se presentan como latidos, breves y concisos, y de la misma forma, despiadados.

Su pluma es breve, las líneas no terminan de decir.

Los ecos, las voces de un ayer melancólico, suenan como golpes en la pared o como un llamado a la puerta. Al girar la perilla -quizá- podamos distinguir un jardín tan soleado que encandila; solitario, como si estuviera muy “alejado de la vista de Dios”. Los elementos de la naturaleza, la lluvia y las estaciones que adornan los días que ya fueron, aparecen tan solo para difuminarse y llevarse consigo las palabras que describían lo alguna vez amado. El jardín ahora se muestra nublado, pero igual de hermoso: es sólo suyo. ¿Cuál es el lugar en donde el ser humano puede ser realmente libre? ¿Contra las épocas quién puede ganar? Se oscurece la escena a través del sueño y la quietud, cual preludio

al Génesis.

En efecto, en la segunda parte del libro, Xochipilli comparte una visión de los primeros días en sus “Crónicas”. Dividida en 10 partes, pero que recomiendo leer como un sólo poema. Es inevitable pensar en aquellos recuerdos que nos presentó al inicio del libro, pero transportados hacia una realidad anterior y desfigurada.

Un mundo que desbordaba fertilidad. El fuego arde con la fuerza de mil volcanes que nada consumen. Pero el ser humano se aburre o se despista; se entretiene nombrando las cosas, como todavía hace hasta el día de hoy, mirando lo innecesario, despreciando lo perenne, esto es, todo aquello que no se puede declarar. Y como lo que no se puede pronunciar, desaparece.

El jardín se parte en dos. Nuestra autora narra dos vidas primigenias, una decidida, y otra reflexiva. Habla con la lluvia y pregunta; a veces creemos que las

hojas le responden. Lo perdido se puede buscar en la profundidad de los bosques, pero lo que se cree poseer se guarda en el concreto del horizonte. ¿Quién debe ceder y abandonar su paraíso? Uno de los dos representa al campo ya obsoleto, y el otro a aquello que todo lo devora. Pero durante el trayecto a la ciudad a la que parece exiliarse el ser amado, la canción suena para resguardar el nombre, y con la magia de la pluma resuelve el dilema: “eres el nombre de las cosas sinceras”; nunca se menciona nombre alguno, y al final ya no queda campo, pero tampoco ciudad.

La tercera parte del libro la poeta nos presenta un juego, donde las palabras ironizan consigo mismas, no sin el eco de los tristes días, el

cual nos acompaña desde el principio del viaje. La ausencia una vez más describe lo que al decir se convierte en nada; aquel sentimiento que abunda entre las hojas pero que al intentar mencionarlo se vuelve



Odilon Redon, Ophelia

DECLARACIÓN DE VIDA



Xochipilli Hernández

✓^

torpe e innecesario. Poco después las palabras vuelven y la obra llega a su síntesis: todas etapas de una declaración de vida, en efecto, con este nombre se inaugura la cuarta y última parte del libro. Diálogo con el tiempo, con el aire, diálogo con lo amado, diálogo consigo misma, diálogo..., la brújula queda atrás y todo se reduce a un único mandamiento. Después de la declaración sólo queda silencio.

La obra que nos presenta Xochipilli Hernández rememora poesía fragmentaria, versículos, monólogo, todo parte de un mismo camino guiado por una brújula que es el texto mismo. Versos breves -a veces quizá demasiado- denotan que el vacío es su cómplice lírico. No abunda la musicalidad, pero sí un rimo que sigue el son de los latidos que no cesan de golpear de principio a fin. Ausencia y silencio se pronuncian, declaran, con palabras que ya forman parte de otra vida. Queda una invitación abierta a tomar la brújula e intentar volver.

Unos pocos pasos por *Una historia de la lectura*

Luis Paniagua

Alberto Manguel
Una historia de la lectura
Oaxaca, Almadía
2016, 588 pp.

El surgimiento y evolución de ciertos objetos o determinadas prácticas culturales suele despertar el interés de casi cualquier persona que se acerque a esos fenómenos. Saber cómo nacieron las cosas que nos acompañan en nuestra vida cotidiana y cuál ha sido su derrotero a lo largo de la historia crea en el observador un efecto similar al que le produciría dar seguimiento a las ramas (ora nudosas, ora teras) de su propio árbol genealógico, reconocer que esa savia recorre sus venas a la par de su torrente sanguíneo.

Así, no es casual que George Oppen

afirme en un poema que “Hay cosas, / Entre ellas vivimos y verlas / Es conocernos a nosotros mismos”. Conocer, pues, o por lo menos vislumbrar el pasado y el presente de diversos objetos o prácticas, es aventurarse en ese intrincado laberinto del propio devenir humano. No en balde se ha dicho del *Homo sapiens* que es un ser eminentemente protético.

Uno de los artefactos a los que hacemos referencia en las líneas anteriores es el libro, ese producto tecnológico que Jorge Luis Borges solía describir como una extensión de la memoria y la imaginación. El libro como efecto cultural es inseparable de su recepción; por tanto, hablar de su historia es abordar, quiérase o no, la de la propia lectura.

Alberto Manguel (Buenos Aires,

1948) nos entrega en Una historia de la lectura (Oaxaca, Almadía, 2016) un cálido acercamiento a un ejercicio milenario que ha tenido tantos vericuetos como períodos históricos ha conocido. Dividido en cuatro secciones y compuesto por veintidós capítulos, Una historia de la lectura nos ofrece un panorama general de las distintas formas que ha tenido la humanidad para acercarse o recibir el don de descifrar los signos impresos en una superficie determinada, ya sea en las inscripciones en tablillas de barro o de madera recubiertas de cera; los rollos de papiro, pergamino o vitela; las escrituras monumentales plasmadas en muros; los luminosos y carísimos códex; los cuadernillos impresos en tipos móviles o los más recientes textos con soportes electrónicos.

Partiendo siempre de la experiencia personal (“tengo derecho a hablar de mí cuando hablo del mundo”, diría el poeta mexicano Julián Herbert), de su propio contacto con los libros, el autor inicia su discurso en cada capítulo. Este giro lo vuelve asequible y entrañable ya que, amén de la historia de un objeto y de sus prácticas de uso, la historia de la lectura es la del artefacto libro y de los hábitos lectores sólo en relación con el impacto que este conjunto de actividades causa en el ser humano que tiene la fortuna, el privilegio de tocar esa maravilla de la invención; que le permite, siempre, trazar un antes y un

después. Manguel nos dice, por ejemplo, que al acercarse a la lectura experimentó una suerte de omnipotencia pues, a sus cuatro años, una vez lograda, aunque aún de modo incipiente, la capacidad de descifrar los signos alfabéticos pudo tener conciencia de un estado al que nunca regresaría: el analfabetismo.

No obstante, nos dice el autor, leer no solamente es enfrentarnos a un mensaje cifrado a través de signos alfabéticos dispuestos sobre una superficie; el término lectura ataña a un ejercicio mayor: el de buscar sentido a toda manifestación óntica u ontológica que nos circunda. Ernst Cassirer definió al ser humano como “Animal simbólico” debido a esa particular capacidad: la de leer no solamente letras, sino su entorno. Leer, es decir, descifrar, es decir, encontrar sentido a nuestra realidad nos ayuda a situarnos en ella, nos permite hallarnos (encontrar ese fonema que somos en medio del mensaje del mundo, a la vez que sentirmos a gusto en él, tener una sensación de pertenencia); leer nos franquea el acceso al entendimiento. Ese ejercicio de conocimiento (o quizás de reconocimiento), pues, nos dice el nómada argentino, nos regala la repentina sensación de entender lo que antes sólo podíamos contemplar.

Dicen los estudiosos que la escritura surgió hace unos seis mil años en el Oriente próximo, cuando alguien trazó en

tablillas de barro unas formas diminutas que indicaban algún objeto determinado. Nos cuentan también que, a despecho del mundo literario, su invención se debió a menesteres contables: la necesidad de registrar haberes y deberes; transacciones de cosechas o ganado. Cabe preguntarse si en algún momento ese antiguo contador, acaso pronto desdibujado por el desgaste del tiempo transcurrido, se imaginó que su creación iba a tener tal relevancia para la cultura humana; una invención que permanecería sobre la Tierra mucho más tiempo que él mismo y los objetos que registraba, sí, pero a la vez capaz de eternizar lo registrado y a quien registra, fijándolo en una superficie mediante símbolos convencionales. “Hay algo profundamente conmovedor en esas tablillas [nos dice Manguel]. Tal vez, cuando contemplamos esos trozos de arcilla que fueron arrastrados por un río que ya no existe, y observamos las delicadas incisiones que representan animales convertidos en polvo hace miles de años, evocamos una voz, un pensamiento, un mensaje que nos dice: ‘Aquí había diez cabras’, ‘aquí había diez ovejas’, palabras pronunciadas por un meticuloso granjero en los días en que los desiertos eran verdes.” De alguna forma, podríamos pensar, la invención de la escritura guarda en su interior un aliciente para la memoria, que es en sí un trozo de eternidad; esas cabras y ovejas de las tablillas

(polvo unas y otras) seguirán existiendo en una especie de eternidad íntima y doméstica que representa el mensaje: mientras que éste exista (y haya quien lo descifre) aquellas cabras seguirán pastando en la ribera de un río de afluente inagotable, aquellas ovejas seguirán seguras, a buen resguardo en sus corrales...

Comoquiera que sea, leer el mundo y leer un libro, aunque ejercicios similares en cuanto a que ambos son codificación y descodificación, tienen un rasgo que los diferencia y sobre el que hablaremos líneas adelante. Podemos comenzar anotando que los dos, libro y mundo (tantas veces vistos como una misma creación en numerosas religiones), son abordados a través de la vista, detonando con ello una serie de reacciones físicas, químicas, neuronales... corporales... a veces misteriosas. Cómo se desarrollaba esa práctica puso a reflexionar a no pocos pensadores de la antigüedad. Según Euclides y Galeno, por ejemplo, el ojo es activo con respecto a lo que captura; Epicuro y Aristóteles, por su parte, afirman que el ojo recibe lo que ve. No es sino hasta que un pensador árabe, a-Hasan iban al-Haytham, escribe un libro en el que dice que hay dos tipos de acercamiento al mundo; que se cuenta con una idea más satisfactoria de lo que el ojo hace a la hora de enfrentarse con la realidad que tiene enfrente, es decir, a la hora de leer; por una parte, está la “sensación” (inconsciente y

voluntaria, como seguir la luz al otro lado de la ventana y las cambiantes sombras de la tarde), y, por otra, la “percepción” (que es un acto de voluntad pura, de reconocimiento, como seguir el texto en una página). Es así como nos relacionamos con el mundo, según el pensador árabe. Esta carga voluntaria y de reconocimiento, la percepción, es la que hace la diferencia y la que permite enfocar el ojo del que mira sobre esa serie de signos dispuestos en una superficie, acordados previamente; es esa función la que realiza el salto del que hablábamos antes y que da lugar a la práctica de la lectura entendida como la interpretación de un código gráfico de escritura.

La lectura, pues, desde su invención misma ha fluctuado entre dos polos que han marcado el destino de la cultura humana: la lectura en voz alta y la lectura en voz baja. Podríamos decir que estos dos modos de acercarse al documento escrito (íntimo uno, público el otro) han logrado los más intensos y acalorados debates. Si bien en la antigüedad la invención de la escritura no fue muy bien vista, ni mucho menos celebrada por todos, siempre tuvo una carga muy sensible que involucró a la memoria.

Según cuenta una Platón en el Fedro, el dios Tot entregó a un rey egipcio la escritura como una herramienta que haría más sabios a los hombres. En respuesta,

recibió el rechazo del dignatario, quien le reprochó la dádiva arguyendo que tal tecnología no sólo no haría más sabios a los hombres, sino que a través de esa práctica se plantaría la semilla del olvido en su corazón, ya que no tendrían la necesidad de memorizar nada, y de esa forma olvidarían su alma.

No es casual que este cuento se pueda encontrar en uno de los diálogos de Platón, puesto que Sócrates (un maestro de la oralidad) afirmaba que “un lector tiene que ser extremadamente ingenuo para creer que las palabras escritas pueden hacer algo más que recordar a alguien lo que ya sabe”. El temor de Sócrates al texto escrito se puede entender como el del miedo al error, debido a que el sentido de la escritura fijada en un soporte (que, parafraseando al filósofo griego, no responde si el lector le pregunta algo) puede ser entendido de manera incorrecta por el receptor; por tanto, si un lector no “sabe” de antemano eso que la lectura debe “recordarle”, corre el riesgo de tomar caminos equivocados y perderse.

La Iglesia cristiana propiciaba la lectura en voz alta por motivos similares. Primero, con un sentido de control: para saber qué leían sus miembros; luego, con el fin de ofrecer a los novicios una interpretación unívoca de los textos canónicos. De tal modo, se evitaba cualquier interpretación herética. Por otra

parte, se instituyó entre los integrantes de las comunidades monacales la lectura comunitaria, puesto que no todos sabían descifrar los caracteres fijados en la página; aunque también el ejercicio de la lectura en voz alta servía para evitar que los afectos a la letra impresa cayeran en la divagación y, por consecuencia, en el reprobable pecado de la acidia.

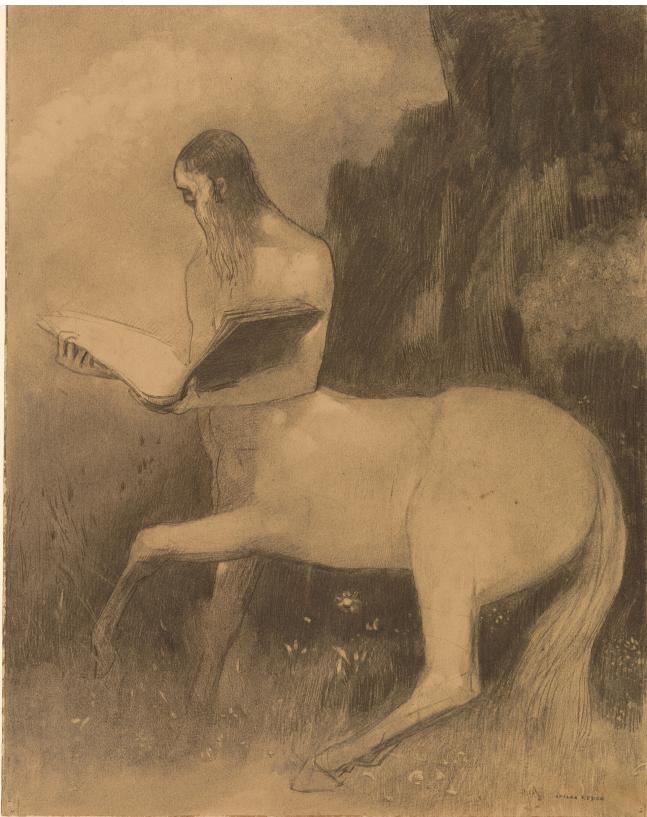
En el extremo opuesto se hallaba también un ejercicio de lectura en voz alta: la que era ejecutada en las fábricas y que tuvo su auge en el siglo XIX. Mientras trabajaban, los obreros eran informados por un lector sobre las noticias más recientes aparecidas en los periódicos, o deleitados con las peripecias de los héroes de las novelas de folletín. Dicha actividad fue considerada en algún momento subversiva, por lo que el ejercicio fue prohibido y erradicado.

Sin embargo, la lectura en voz alta no fue lo que maravilló a san Agustín (ese gran lector), sino una curiosa práctica no tan extendida por aquellos tiempos. La primera

vez que presencio tal rareza fue una en que llegó a visitar a san Ambrosio y lo encontró leyendo: “sus ojos recorrían las páginas y su corazón entendía su mensaje, pero su voz y su lengua quedaban quietas”. El autor de *La ciudad de Dios* concluye que quizás el santo doctor de la Iglesia católica leía en voz baja para no tener que explicar ciertos pasajes oscuros a algún curioso que lo hubiese sorprendido leyendo en voz alta. Con ese simple acto, el lector inaugura un nuevo corredor en ese gran edificio que es la historia de la lectura; gracias a ello, se da paso a una nueva faceta en dicha actividad; una más íntima y, por extensión, más libre: la lectura privada.

La lectura privada y en silencio favorecía una comunicación más íntima y personal con el texto que se acometía, además de

permitir interpretaciones no canónicas de textos canónicos, un ejercicio que llevó a innumerables procesos inquisitoriales (como el de Domenico Scandella, Menocchio, quien fue encarcelado por sostener afirmaciones heréticas), pero



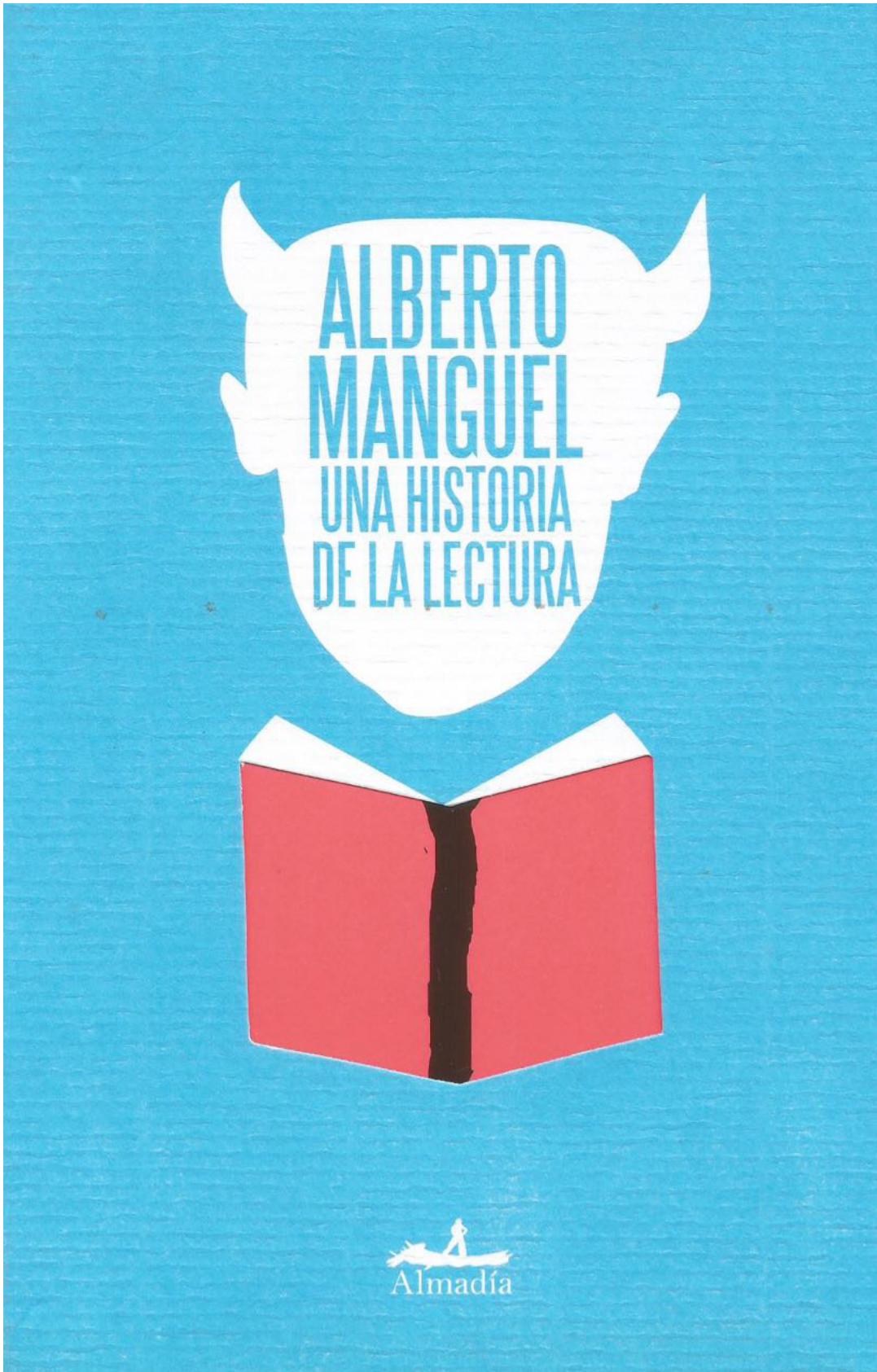
Odilon Redon, Centaur reading

dio paso a grandes cambios en la historia de las mentalidades, como la reforma religiosa propuesta por Martín Lutero, que propugnaba una lectura e interpretación personales de la Biblia, sin la mediación ni imposición de la clase clerical.

Por otra parte, considero que esa misma libertad de interpretación refuta, a la postre, la afirmación de Sócrates en cuanto a que el texto no responde a inquisiciones personales, pues la lectura individual y su personal interpretación es un diálogo constante con el libro, en el que cada lector pone todo su ser, su historia personal, su bagaje propio en el mensaje que saca del texto. G. C. Lichtenberg decía que “un libro es como un espejo: si un asno se mira en él, no puede ver reflejado a un apóstol”. Esa afirmación refuerza el poder de la interpretación personal que la lectura en voz baja permitió: el libro dejaba de ser unívoco para cambiar con cada lector e, incluso, para cambiar con el propio lector a medida que él mismo lo hacía.

Cambia el lector, pues, y con él las prácticas desarrolladas en torno al objeto de sus desvelos; si al principio la lectura le fue permitida a unos pocos privilegiados, con el tiempo y los avances tecnológicos dicha actividad se democratizó y pudo ser un ejercicio cada vez más común y más diverso: leer para entender, leer para disfrutar, leer para alcanzar el poder o para derrocarlo, leer para ser libres, plenos, para no necesitar. En

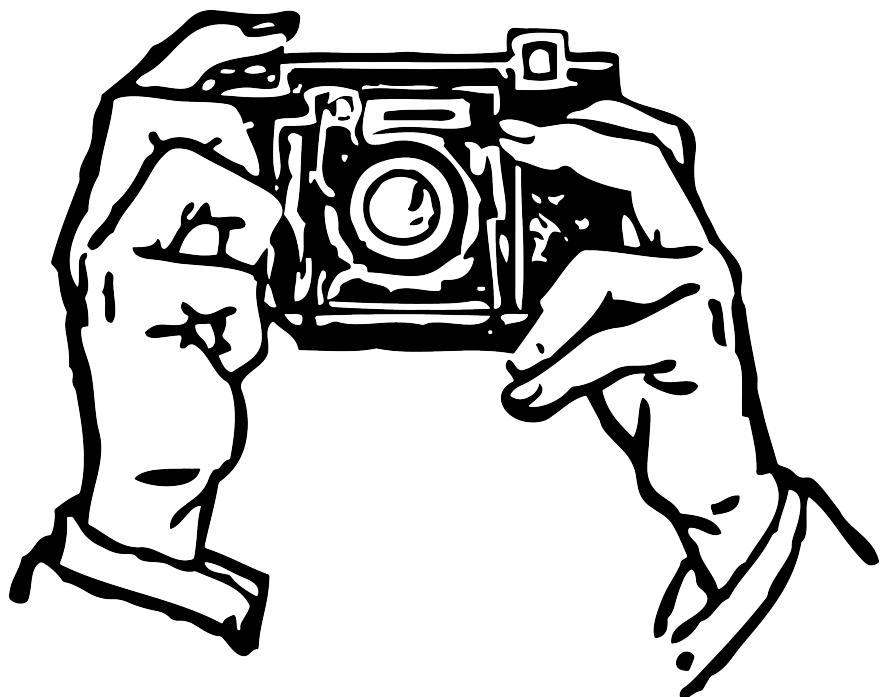
un gracioso texto, Virginia Woolf menciona al lector ideal: “cuando amanezca el Día del Juicio y los grandes conquistadores, abogados y estadistas se acerquen a recibir su recompensa —sus coronas, sus laureles, sus nombres tallados de manera indeleble en mármol imperecedero— el Todopoderoso se volverá hacia Pedro y dirá, no sin cierta envidia, cuando nos vea llegar con nuestros libros bajo el brazo: ‘Mira, esos no necesitan recompensa. No tenemos nada que darles, les gusta leer.’” Leer, pues, como un fin en sí mismo es, para muchos lectores, la verdadera, la única manera de leer; esos lectores que, como Borges, siguen figurándose el paraíso bajo la forma de una biblioteca.



Sobre el autor

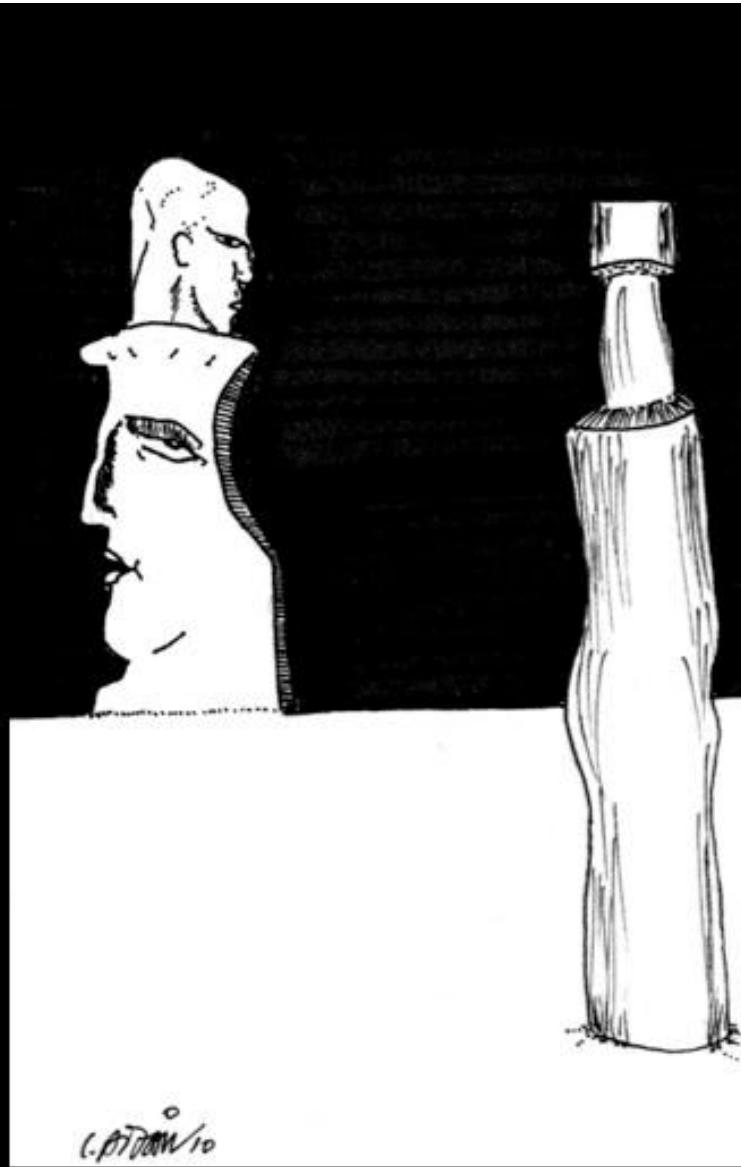
Luis Paniagua (San Pablo Pejo, Guanajuato, 1979) se crio y formó en el Estado de México. Es autor de Los pasos del visitante (Ediciones de Punto de partida- UNAM, 2006), Maverick 71 (Literal Publishing, 2013), (Revarena-Dirección de Literatura, 2017), La patria es pradera de corderos segados por el filo y el veneno (CCH-Naucalpan, UNAM, 2019) y Claro rastro del mundo oscurecido (Fondo Editorial del Estado de Morelos, 2020).

Ilustración y fotografía



Los míticos sueños de los objetos I y II y Cosmodrama

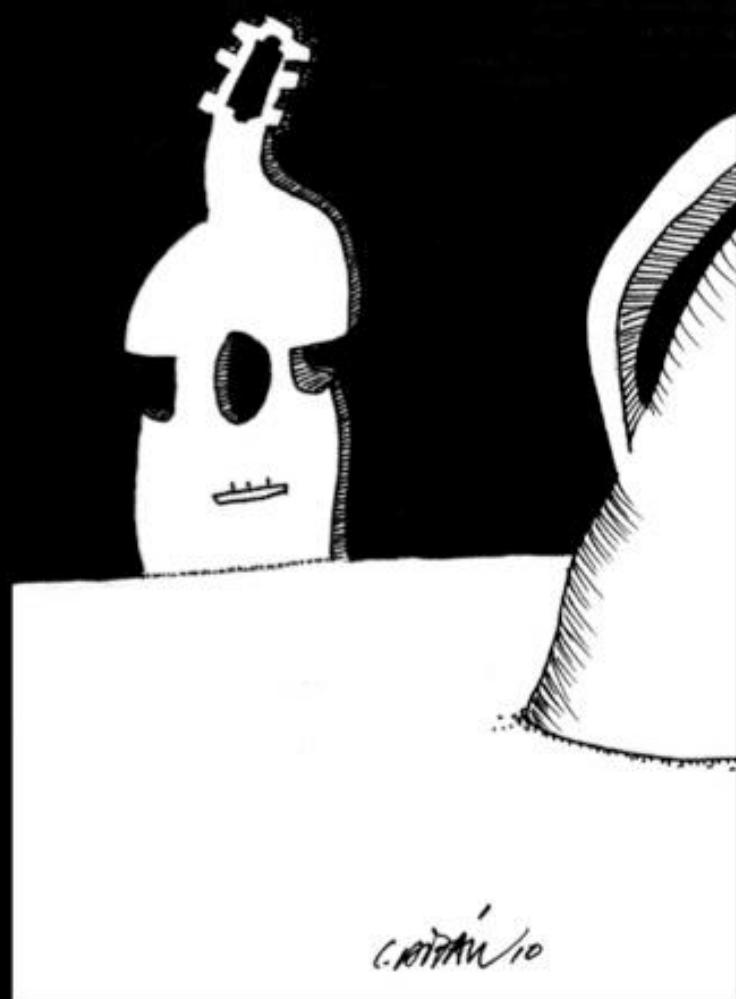
Clemente Gaitán



Paisaje Objetal 006

LOS MÍTICOS SUEÑOS DE LOS OBJETOS 1

Tinta china sobre cartón, ilustración.

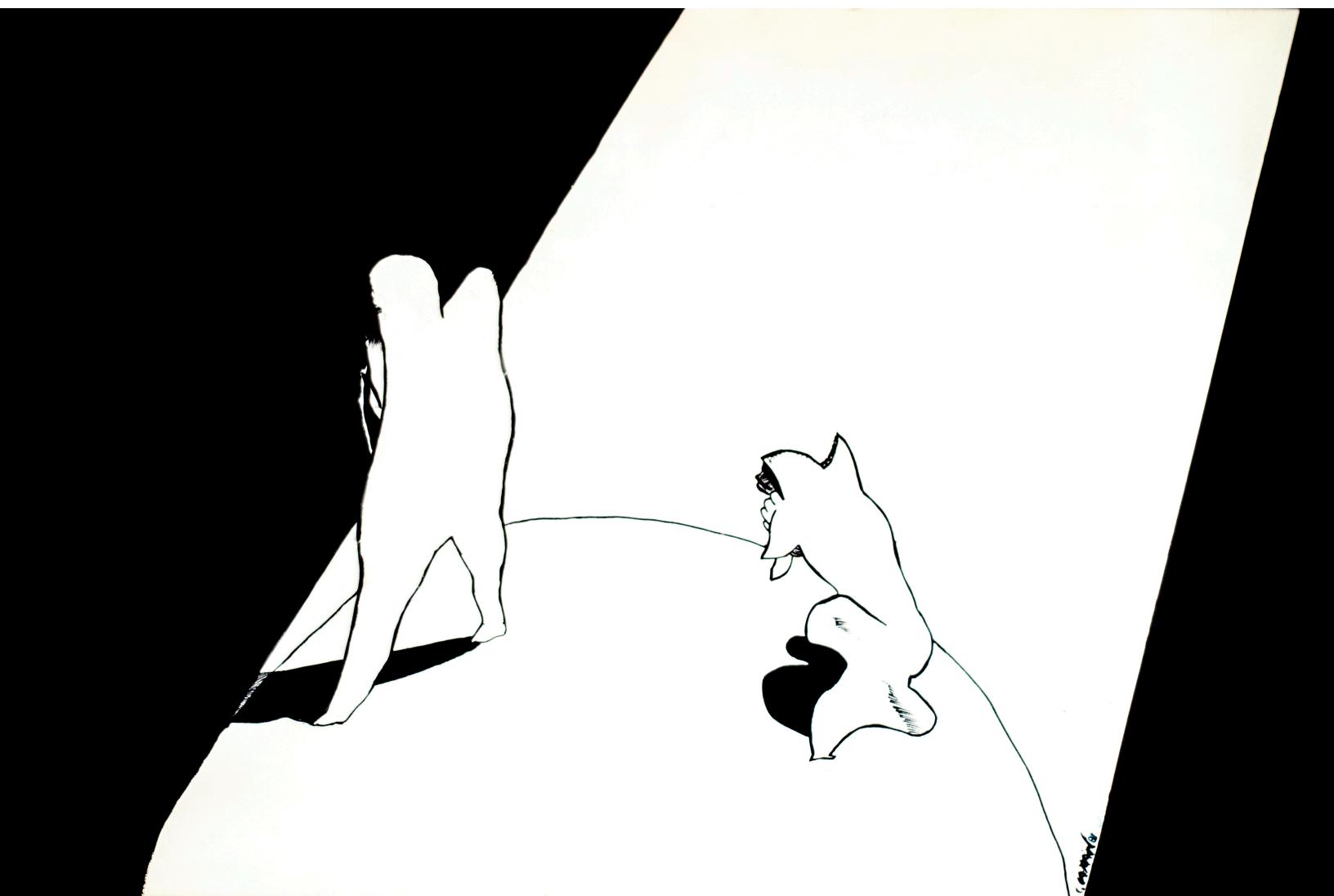


Paisaje Objetal 008

LOS MÍTICOS SUEÑOS DE LOS OBJETOS 2

Tinta china sobre cartón, ilustración.

Clemente Gaitán



COSMODRAMA

Tinta china sobre cartón, ilustración.

Sobre el autor

Clemente Gaitán Pinillos
es escritor, dibujante y
storyteller colombiano.



Morfofilia

Gilberto Bustos Avendaño



Técnica: plumilla sobre papel
Tamaño: 35 cm x 50 cm

Sobre el autor

Gilberto Bustos Avendaño es un artista bogotano. En su obra de pequeño y mediano formato predomina la plumilla. Busca reflejar la condición humana frente a la soledad y la muerte, el amor y el odio, el erotismo y los vicios del hombre, como un ejercicio de independencia, conseguida e impuesta en los continuos viajes de reminiscencia hacia el yo interior. Con ellas ha ilustrado revistas literarias, culturales y textos narrativos, además han sido expuestas en diferentes certámenes de arte a nivel nacional e internacional ganando premios y distinciones.

Espacios íntimos a través del lente

Abraham Quiñonez Acosta









Sobre el autor

Abraham Quiñonez Acosta (Parral, Chih. 1991). Es arquitecto, fotógrafo, egresado en 2019 del Instituto Tecnológico de Parral. Ha participado en diferentes universidades regionales como ponente y tallerista, abordando temas como el arte de la fotografía y el diseño de interiores. En 2022 Grupo México (CDMX), a través del Taller ambulante de Fotografía, llevó a cabo una exposición de fotografía colectiva en el Centro Cultural Minero. Actualmente se dedica a la fotografía. Realiza trabajos de retrato, fotografía paisajista y fotografía urbana.

Su trabajo digital puede ser consultado en [Donkerbruin!](https://donkerbruin.com)





Revista Virtual Quimera es un proyecto independiente con intereses culturales y educativos que pretende difundir arte y conocimiento; no solo en línea o de manera impresa, sino también por medio del cumplimiento de actividades que involucren a los miembros de nuestras comunidades sin distinción.

Nació en 2018 como un proyecto virtual de difusión de la cultura clásica; sin embargo, en el 2019 se concreta como una plataforma de enfoque cultural diverso.

Su principal objetivo es incentivar la mirada hacia las profundidades de lo que somos, especialmente en ese momento de la interpelación cuando leemos, escuchamos y escribimos, a través de la construcción de un espacio en el que resuenen las imágenes primordiales y símbolos que hoy en día animan el arte con formas muchísimo más actuales, de dar voz a las historias que somos, rescatar el valor y la memoria de aquello que nos pertenece, que nos compete y que hemos olvidado o invisibilizado, ya sea por descuido o con la alevosía de quien no ve en la cultura un medio de integración social, una fuente de deleite, sabiduría, libertad y dignidad.

ISSN 2215-616X



9 772215 616000